PQ 7439
.05 M6

1923

THE LIBRARY OF CONGRESS

MONCHO REYES

COMEDIA

En tres actos precedidos de un breve prólogo,
en prosa y original

de

GONZALO O'NEILL

Nueva York, N. Y., E. U. de A.
Spanish-American Printing Co., 57 Ann Street

MONCHO REYES

COMEDIA

En tres actos precedidos de un breve prólogo,

en prosa y original

de

GONZALO O'NEILL

Nueva York, N. Y., E. U. de A.
Spanish-American Printing Co., 57 Ann Street

CG1923

PQ7439
.O5M6
1923.

COPYRIGHTED—1923

By

G. O'NEILL

© Cl A755664

no 1

31

DEDICATORIA

A Manuel Argüeso:

Esta obra sin méritos literarios y que dedico al cultísimo compatriota que es, dentro de este ambiente, honrosa representación de la patria portorriqueña, ha sido escrita con el propósito de perpetuar el recuerdo del triunfo moral que, con el concurso de la justicia y de la razón, alcanzaron los viriles defensores de nuestros derechos en los momentos aciagos en que lo más refinado de la psicología de nuestro pueblo, fué, infortunadamente, a chocar con lo más vulgar de la psicología de la nación que dirige nuestros destinos.

Acoja con bondad el compañero de luchas esta merecida ofrenda de admiración y de cariño.

EL AUTOR

AUG 23 1923

PERSONAJES

Ocupando el mismo orden en que aparecen en la escena:

Don Antonio Bárcena, Senador
Carmelo Márquez, Secretario de Don Antonio
Alfonso Bravo, Diputado
Moncho Reyes, Gobernador
Mateo, Sirviente del Gobernador
Ruperto Toro, Comisionado
Sebastián Igarzas, Senador
Tony, muchacho vendedor de periódicos
Borinquen
Juan Izquierdo, Secretario del Gobernador
Estanislao Escobedo, Agricultor
José Inés Ramírez, Comisionista
Inocencia Malpica, Espiritista
Segismundo Brea, Capitán de Marina Mercante
Domingo Collado, Periodista
General Wickes, Ministro de la Guerra
Daniel Presto, Teniente de Infantería y Ayudante del General
Diego de Andino, Funcionario Público
Operador del telégrafo inalámbrico, pasajeros, camareros, marineros, policías, etc., etc.

ESCENARIO

Prólogo:

Oficina del Director de "La Democracia"

Acto Primero:

En tres partes:—1a. Parte: Sala de recibo de la casa habitación de Moncho Reyes, en la ciudad de Kansas.

2a. Parte: Una calle en la ciudad de Kansas.

3a. Parte: Salón en el Palacio de Santa Catalina, San Juan, Puerto Rico, (un mes más tarde).

Acto Segundo:

En tres partes:—1a. Parte: A bordo del vapor "Buenaventura".

2a. Parte: Una calle de Nueva York, cerca del Río Hudson.

3a. Parte: Oficina del Ministerio de la Guerra.

Acto Tercero:

En tres partes:—1a. Parte: Oficina del Presidente del Senado en la antigua Diputación Provincial.

2a. Parte: Calle de San Justo, San Juan, Puerto Rico.

3a. Parte: Oficina del Director de "La Democracia"

PROLOGO

Representa la escena la oficina del Director de "La Democracia". En cómoda mecedora situada a la derecha del escenario y próxima a un escritorio, está dormido Don Antonio Bárcena, y a su izquierda, o sea al otro lado del escenario, Carmelo Márquez examina con interés periódicos desordenadamente colocados sobre una mesa. Son las dos de la tarde.

Escena Primera

CARMELO — (Hojeando un periódico y en voz baja) ¡Pobre Don Antonio! Apenas se acomodó en la mecedora se quedó profundamente dormido. ¡No me extraña! Yo, que en mi capacidad de Secretario no hago otra cosa sino dar cumplimiento a sus órdenes, estoy a punto de capitular.

Escena Segunda

BRAVO — (Abriendo la puerta en el centro del escenario entra a la oficina) Buenas.....

CARMELO — (Indicando con la mano a Bravo que no haga ruído, se aproxima a él y le habla en voz baja) Hace cosa de cinco minutos que regresó y ya lo ves. De la puerta a la mecedora y de la mecedora al plácido regazo de Morfeo.

BRAVO (En voz baja) Para qué despertarlo. (Sonriéndose) Probablemente está soñando con Don Moncho, con ese hombre que es su eterna pesadilla.

CARMELO No me sorprende que esté rendido. Desde ayer a las doce, hora en que comenzó su campaña en contra de ese enemigo de la razón y de la justicia, ha pronunciado diecisiete discursos y entrevistado cincuenta y tres correligionarios.

DON ANTONIO (*) (Se mueve en la mecedora y habla en voz inarticulada y apenas inteligible) Moncho - mis-erable - inde-pen--den-cia.

CARMELO (En voz baja) Ya lo dijiste. Su pesadilla es Don Moncho.

BRAVO No lo despertemos. Regresaré más tarde. En el interín marcho a la calle de San Justo para ver si tropiezo con Toro y le pongo las banderillas que le tengo prometidas. ¡Ay! Toro, si llego a agarrarte encomiéndate a todos los santos.

CARMELO Aguarda. Voy contigo. Quiero ser testigo ocular por lo menos de la primera bofetada.

(Salen Bravo y Carmelo andando muy despacio para no hacer ruído. Cierran la puerta con mucho cuidado y cae el telón)

(*) Don Antonio sueña lo que acontece en el acto primero, en el acto segundo y en la primera parte del acto tercero.

Acto Primero

PRIMERA PARTE

Representa la escena la sala de recibo de la casa habitación de Moncho Reyes, en la ciudad de Kansas.

Escena Primera

MONCHO (Sentado en una mecedora leyendo un periódico) Washington, Marzo 28.—Su Majestad, el Mikado del Japón ha aceptado oficialmente la invitación del Gobierno de los Estados Unidos a la Conferencia para la reducción de armamentos, que ha de asegurar la paz universal. (Sonriéndose) ¡La paz universal . . . ! Si fuera verdad tanta belleza, ¡qué dichosos no serían los pueblos! pero desgraciadamente los codiciosos hombres de estado de estos tiempos no aceptan con beneplácito innovación alguna que signifique para ellos un sacrificio. Vaya con la conciencia ensordecida de tan ilustres varones; y lo peor de todo es que el espíritu de esas siniestras doctrinas, no solamente se apodera del alma de los imperios, sino que llega también a penetrar dentro del corazón de las repúblicas. (Pausa) Eso, eso es obra de la política que desorienta la opinión pública con falsas promesas y especula con la buena fé de

los cándidos. ¿Pero a qué estas consideraciones que a nada conducen? Lo que mi interesa ahora es mi nombramiento. (Pausa) Hoy, veintiocho de Marzo y aún no tengo la más ligera noticia. Si no estuviera tan cierto como estoy de chuparme esa breva, me inclinaría a creer que ese prolongado silencio era sospechoso; pero no hay que sustentar temores. El Primer Jefe tiene una deuda contraída conmigo de la cual no puede sustraerse. Todo lo que necesitamos es paciencia. (Pausa) Convertido de zopetón en Gobernador sin tener que consultar la opinión de los gobernados, ni perder tiempo en luchas electorales, es de lo más sabroso que puede darse. (Pausa) Hay que convenir en que son sabias, muy sabias, las innovaciones que se han hecho en nuestros viejos estatutos. Aquellos antiguos apóstoles de nuestras libertades eran muy visionarios y muy latosos. La moral política de nuestra época está dictada por un espíritu más progresista. Quien lo dude es un tonto de capirote.

Escena Segunda

MATEO (Desde la puerta) ¿Me da usted su permiso?

MONCHO (Levantándose de la mecedora) ¡Adelante!

MATEO (Entra con un sobre en la mano) Un oficio para usted. Lo acaba de entregar el cartero.

MONCHO (Con voz que revela un hondo regocijo) ¿Un oficio de Washington? Ya me fi-

guro lo que es. (Moncho abre el sobre) Lo que me sospechaba, ¡el nombramiento de Gobernador!

MATEO (Aparte) (El nombramiento) Felicitaciones, mil felicitaciones.

MONCHO Gracias, Mateo. Esta es una prueba de que el Primer Jefe no ha echado en saco roto mis meritorios servicios.

MATEO ¡Ay! Don Moncho, lo que palpo ahora me parece un sueño. ¡Gobernador de la Insula! ¡Lo veo y no lo creo! Don Moncho, usted es un hombre predestinado.

MONCHO No lo creerás, pero aquí lo tienes en blanco y negro, mi querido Mateo; con la firma del Primer Jefe y con la sanción de la Alta Cámara.

MATEO Está todo muy bien, Don Moncho, pero, ¿dónde está esa Insula, qué vientos la acarician y qué mares la bañan?

MONCHO (Bajando la voz) Aquí entre los dos te confieso, y no se lo cuentes a nadie, que como tú, ignoro su situación geográfica. Las ínsulas, Mateo, son, si hemos de creer lo que dicen los libros, aisladas porciones de tierra más o menos grandes, muy azotadas por los huracanes y muy batidas por los mares.

MATEO Eso lo sabe el menos avisado. Lo que precisa ahora es averiguar dónde está nuestra ínsula prometida.

MONCHO Tienes razón. (Pausa) Se me ocurre una idea brillante que nos ha de dar luz, desvaneciendo todo género de dudas. Vete ahora mismo a la Biblioteca y dile a Don Aniceto—Tú sabes quién es Don Aniceto,—el Director; (Mateo mueve la cabeza afirmativamente)

pues bien, dile a Don Aniceto que me preste por un momento el mapa-mundi y vuelve con él volando.

MATEO — Regresaré enseguida. (Aparte) ¡Gobernador! ¡Dios bendito! A mí desde luego que me tocará mi tajadita. ¡Ay! Cielo, ¡qué alegría! (Se retira Mateo)

Escena Tercera

MONCHO — ¡Gobernador!—¡Quién lo hubiera dicho!—¡Todo lo que puede la política! De simple vaquero a primer magistrado. ¡Qué transformación más colosal!

Escena Cuarta

MATEO — (Mateo entra precipitadamente y algo excitado) ¡Don Moncho!

MONCHO — ¿Qué pasa?

MATEO — Al salir de la casa para dejar cumplidas sus órdenes, tropecé en la puerta con un individuo alto, enjuto, trigueño, de pelo rizado y de piel tan sospechosamente morena, que me ha hecho recordar el crepúsculo sombrío de una de esas tardes de invierno, mitad luz y mitad oscuridad, pero que no es ni una ni otra cosa. ¿Me entiende Ud., Don Moncho? (Moncho mueve la cabeza afirmativamente) Le pregunté quién era, cómo se llamaba y qué deseaba, y me contestó con gran afabilidad que se llamaba Ruperto Toro; que era Jefe de un partido político insular y que quería celebrar una entrevista con Ud.

MONCHO — (Aparte) ¿Quién será ese tío? Mateo, dile que pase y no le quites los ojos de encima. (Se retira Mateo)

Escena Quinta

MONCHO — Me imagino que este crepúsculo es algún aspirante a puesto público, pero todo esfuerzo de su parte será inútil si ese es el propósito que lo trae aquí. Los puestos públicos no se distribuyen como los anuncios de cine. Si me equivoco, y como dice, es un personaje político que yo pueda utilizar a mi antojo, entonces varía de aspecto la cosa y lo recibiremos con los brazos abiertos. Vamos a tantearlo.

Escena Sexta

MATEO — (Entra Mateo con el señor Toro) Don Ruperto Toro.

MONCHO — Pase adelante, caballero. (Aparte, dirigiéndose a Mateo en voz baja) No te vayas, Mateo, no me dejes solo con este crepúsculo.

TORO — ¡Mi honorable Gobernador! He venido especialmente desde Washington a felicitarlo por su nombramiento. Tuve anoche noticias de su buena fortuna y decidí tomar el primer expreso con el solo propósito de estrechar la mano del nuevo gobernante del país en donde soy un entusiasta defensor de vuestro providencial tutelaje.

MONCHO — Veo que es Ud. partidario de nuestro régimen y con orgullo estrecho su mano. (Le dá la mano a Toro)

TORO — Lo soy incondicionalmente.

MONCHO — ¿Es usted nativo de la Insula?

TORO — Desgraciadamente no. Yo, mi ilustre Gobernador, soy oriundo de las Islas Vírgenes.

MONCHO — ¿Las Islas Vírgenes? (Aparte) Otro problema geográfico. ¿Y por qué las llaman Islas Vírgenes?

TORO — Las llaman Islas Vírgenes, mi honorable Gobernador, porque sus hijos nacemos por obra y gracia del Espíritu Santo.

MONCHO — Es decir, sin los quebrantos rudimentarios ¡eh...!

TORO — Precisamente.

MONCHO — ¡Qué ocurrencia! Con que por obra y gracia del Espíritu Santo.

TORO — Sí, señor, y por esa misma obra y esa misma gracia se adhieren con tal fuerza a nuestra conciencia las convicciones, que no podría arrancárselas ni un San Ciriaco.

MONCHO — ¿San Ciriaco? ¿y qué es eso de San Ciriaco?

TORO — San Ciriaco, mi honorable Gobernador, es el nombre con que bautizamos a un ciclón que hace cosa de veinte años arrasó el país de un lado a otro, y eso es lo que queremos que sea usted, un verdadero San Ciriaco, es decir, que no deje nada en pie en el campamento de nuestros adversarios políticos, y así lo queremos, porque estamos interesados en la felicidad del pueblo cuya gobernación ha sido confiada a sus manos. Los republicanos, Don Moncho, nos hemos reformado mucho y somos hoy hombres de principios y de civismo.

MONCHO — Felicísima regeneración.

TORO — Poseemos otra cualidad excelente. La de amoldarnos a las circunstancias sin que jamás salga de nuestros labios una

sola palabra de protesta o de reproche. ¿Me comprende usted, Don Moncho, me comprende usted?

MONCHO — Vaya si lo comprendo! Esas son cualidades hermosísimas. La agresión no trae otra cosa sino hondas divisiones.

TORO — Y a veces palos que es lo más grave, mi honorable Gobernador; pero no esa clase de palos que usted conoce. Los palos a que me refiero no son los que en estos tiempos se dan en la trastienda, sino los que se administran con un garrote en presencia de todo el mundo.

MONCHO — Veo que es usted una autoridad en eso de palos. Siga, siga dándome luces.

TORO — Pues bien, mi Gobernador, ya que así me lo pide Ud. entraré en detalles. (Pausa) Nuestros enemigos políticos son, y quiero que usted lo sepa, apasionados e intransigentes antagonistas a todo lo que es continental, y como están respaldados por una mayoría, imponen sus antojos impunemente. Su poder en la Legislatura es tremendo, tremendo, mi honorable Gobernador. Los republicanos y los socialistas estamos enteramente a su merced. ¡Ay! señor Gobernador, cómo los odio y los maldigo a cada momento. (Pausa) Para agravar las cosas le han llenado a Borinquen la cabeza de musarañas y nos encontramos ahora con que es muy difícil dejar contenta a esa chiquilla que tiene los más raros caprichos. Ultimamente se le ha ocurrido, y vaya usted tomando nota, llevar un delantal con una estrella y otros adornos que

revelan un gusto... en fin, no quiero decirle qué clase de gusto.

MONCHO — Ya comprendo. Un gusto que no está en concordancia con nuestra estética. (Pausa) Malos, muy malos consejeros.

TORO — ¡Ay, mi honorable Gobernador!, si usted los conociera como los conozco yo, no les daría cuartel. Para que no se imagine usted que lo que le cuento está dictado por apasionamiento, necesario es que entre en ciertas explicaciones. Oígame pues: (Pausa) En el país, señor, tenemos tres agrupaciones políticas. Una se denomina unionista, otra socialista y la otra republicana que es a la que estamos afiliados los hombres de buena moral, por ejemplo, como yo.

MONCHO — Como usted—Siga, siga adelante, haga menos paréntesis y entremos de lleno en el asunto.

TORO — Esa es mi intención. Escúcheme. La aspiración fundamental de los unionistas es, la independencia. Imagínese usted, Don Moncho, la independencia, es decir, el quebrantamiento de los lazos que nos vinculan con vuestra gran república. ¡Cuánta ingratitud! mi egregio Gobernador, imperdonable ingratitud. Las lágrimas se me agrupan a los ojos al ver procedimientos que tan distanciados están de la moral que yo, y mis leales correligionarios predicamos. La independencia, ¡qué locura! Y pensar que ustedes generosamente les dieron un idioma adicional, inodoros automáticos y leche esterili-

zada...! Eso, Don Moncho, es el desagradecimiento en grado superlativo. Y lo que más me encona es que esa gente parece olvidar que antes del feliz advenimiento de la autoridad de Uds. carecíamos de todas esas cosas, y si es verdad que teníamos una lengua muy rica y muy hermosa, nadie se atrevía a usarla sino para decir: ¡Viva su Majestad el Rey, vivan los voluntarios y viva el gaspacho!

MONCHO — ¿Y por quién está capitaneada esa partida de mentecatos?

TORO — Por Don Antonio Bárcena que, para nuestro mal, goza de grandes influencias entre las masas populares. (Pausa) Todos nuestros quebrantos obedecen a las intrigas de ese hombre fatal. ¡Ay, Don Moncho, que hombre, que hombrecito! En muchas ocasiones le he oído decir que el progreso de ustedes es mecánico y que siendo como es, exclusivamente de ese género y no de otro, hay en la cultura moral de ustedes una deficiencia que se hace sentir en todos los episodios de vuestra vida social. Estos nocivos puntos de vista que casi diariamente vacía en los odios de Borinquen, son la causa de las altanerías y malos comportamientos de esa insensata.

MONCHO — Vaya con el Don Antonio. Ya yo me haré cargo de disciplinarlo y hacerlo capitular.

TORO — Dios quiera que así sea. Hay que poner coto a su diabólica labor.

MONCHO — ¿Y a qué aspira ese hombre?

TORO — Según entiendo, aspira Don Antonio a ser el primer Presidente de la República o Gobernador, por elección popular, si llegara a implantarse la autonomía. ¿Qué sería de nosotros si tuviéramos que lamentar tan enorme fatalidad?

MONCHO — (Con sarcasmo y sonriéndose) Don Antonio tendrá que esperar a que a las ranas les salgan pelos.

TORO — Permita el cielo que vuestras palabras sean proféticas.

MONCHO — No se intranquilice, señor Toro, mucho tiempo ha de transcurrir antes de que se cristalicen esos ensueños, y bueno es que alguien le advierta al tal Don Antonio que por encima de su personalidad política, por encima del pueblo y por encima de las leyes, está mi santa voluntad; que cuantas recomendaciones me haga de candidatos para puestos públicos irán a parar al canasto de la basura. Mis actuaciones, y que lo tenga todo el mundo presente, serán desastrosas para los independentistas. Hay que desistir de la independencia, señor Toro, o romper para siempre conmigo.

TORO — (Palmoteando) ¡Bravo, muy bravo, Don Moncho! ¡bravísimo!

MONCHO — Yo tengo una voluntad de hierro y estoy dispuesto a meter en cintura a los descontentos.

TORO — ¡Ay, mi honorable Gobernador! se necesita algo más que meterlos en cintura; se necesita, repito, sepultarlos en algún lugar recóndito de donde no

vuelvan a salir jamás. ¡Ingratos, ingratos!

MONCHO (Dándole un pañuelo a Toro) Pero no se excite usted tanto, señor Toro. Espere a que se desenvuelvan los acontecimientos bajo el peso de mi implacable mano.

TORO Esa es nuestra única esperanza, señor Ciriaco . . . ! quiero decir, señor Don Moncho. (Aparte) Le tengo ya tanto cariño a este hombre que quisiera llamarlo Monchito.

MONCHO Entiendo que vuestro partido fué derrotado en las últimas elecciones.

TORO Nunca, nunca podré olvidar, mi honorable Gobernador, la manera en que tuvimos que capitular en Puerto Arturo.

MONCHO (Con sorpresa) ¿Puerto Arturo?

TORO Sí, señor, Puerto Arturo. Así llamamos los republicanos desde tiempo inmemorial, al distrito electoral de San Juan, fortaleza hasta hace poco invulnerable y que perdimos a pesar de defenderla bizarramente con nuestros aliados los socialistas, capitaneados por su cabecilla Sebastián Igarzas.

MONCHO (Con expresión de disgusto) Desatinada alianza. Yo no quiero nada con socialistas. El socialismo amenaza la estabilidad de nuestras organizaciones sociales y es necesario acabar con él.

TORO (Aparte y mientras Moncho enciende un puro) ¡Ay, Igarzas! si yo fuera uno de esos hombres de malos instintos, cuánto daño no podría hacerte.

MONCHO (Después de haber encendido el puro dá una fumada dejando escapar lentamente

el humo de la boca) Continúe, señor Toro. (Aparte) Este hombre es una enciclopedia.

TORO — Tiene usted razón, señor Gobernador, el socialismo es intolerable. Confieso que cometimos un grave error y lo digo así porque Igarzas es un sujeto con antecedentes algo nebulosos. Fracasó en su país natal que es un campo fecundísimo, y buscando nuevos ambientes, según los llama él, y que yo apellido frijoles, se nos metió de zopetón en la casa y creo que no lo sacarán de ella hasta que no salga horizontalmente. ¿Me comprendéis, mi Gobernador? Esas líneas horizontales me encantan cuando se trata de mis enemigos, pero con líneas o sin líneas no tenga usted fé en ese hombre. Igarzas no es una lapa, es algo más es una sanguijuela que una vez que pega la boca no la arranca ni un cañón galo de setenta y cinco milímetros.

MONCHO — (Sonriéndose) Socialista y sanguijuela, ja... ja... ja...

TORO — Y algo más que me guardo en cartera para otra ocasión.

MONCHO — (Aparte) A este hombre no se le escapa nada ni nadie.

TORO — Ríase usted, Don Moncho. Dice Igarzas que el problema de la Insula no es un problema político sino económico, y que la ampliación de libertades debe posponerse a la ampliación de las raciones, y con estos apetitosos preceptos ha logrado sugestionar a un gran número de cándidos que lo si-

guen, aclamándolo como el redentor de las clases proletarias.

MONCHO — A ese loco hay que inyectarle algo para ver si entra en razón.

TORO — No creo que tengamos que apelar a ese medio, mi honorable Gobernador. (Sonriéndose) La volutad de Igarzas es una plaza que puede tomarse con mucha facilidad.

MONCHO — Estoy admirado. Usted tiene una fuerza de penetración estupenda.

Escena Séptima

MATEO — (Mateo llega a la puerta) ¿Me da su permiso?

MONCHO — Adelante. Ya creía que no ibas a volver. ¿A dónde está el mapa?

MATEO — Don Aniceto no me dejó traerlo argumentando que lo prohibe el reglamento, pero ambos buscamos en él la Insula y tengo la pena de decirle, Don Moncho, que a pesar de nuestros esfuerzos y de haber usado unos vidrios de aumento muy potentes, no nos fué posible localizarla. (Pausa) Colocamos el mapa sobre una mesa y comenzamos nuestra labor. Yo, con el ojo avisor, emprendí mi jornada en las costas de Argentina con dirección hacia el Norte; pasé a lo largo del Brasil; llegué a Venezuela y me eché luego a navegar con rumbo a Jamaica y vine a dar a la famosa Coney Island sin haber logrado tropezar con vuestro prometido paraíso.

MONCHO — ¡Parece imposible!

MATEO — Así parece. Don Aniceto la empren-

dió por otras veredas y fué a dar de narices con Tokio.

MONCHO — Tus noticias, Mateo, son desconsoladoras.

TORO — (Sonriéndose) No se descorazonen ustedes. Yo venceré todas esas dificultades. ¡Escuchadme! (Pausa) La efímera perla que motiva vuestra ansiedad es orgullo de los mares que, celosos de su hermosura, tratan de ocultarla entre los pliegues de su ropaje azul. Forma esa joya, parte del Archipiélago Antillano, situado en la Zona Tórrida y bajo los rayos abrasadores de un sol de fuego. Inútil es tratar de localizarla en un mapa-mundi. No permita usted, mi honorable Gobernador, que cosas tan pueriles le mortifiquen. Tenga usted la plena seguridad de que llegará a la Insula que con tanto interés aguarda su advenimiento. Con un guía como yo no se extravía nadie.

MONCHO — (Aparte) ¿Qué haría yo sin la ayuda de este hombre privilegiado? (Dirigiéndose a Toro) Seguiré sus indicaciones al pie de la letra. Desde este momento usted será mi brújula.

TORO — (Aparte) ¡Su brújula! Me salvé. ¡Ay, cómo le voy a hacer sudar el quilo a Don Antonio!

MONCHO — (Se oye una campanilla) Alguien llega.

MATEO — Iré a ver quién es.

Escena Octava

TORO — (Aparte y mientras Moncho va con Mateo hasta la puerta) Me imagino que es

Igarzas. Que no vaya este charlatán a cometer una bestialidad y a destruir toda mi obra.

MONCHO (Dirigiéndose a Toro) No sé porqué me imagino que el señor Igarzas. . . .

TORO (Con expresión de disgusto) No hay duda que es él.

Escena Novena

MATEO (Desde la puerta) El señor Sebastián Igarzas.

IGARZAS (Entrando) Buenas tardes, señor Gobernador. (Aparte, dirigiéndose a Toro) ¿Qué hay, Toro? ¡qué jaiba eres! Me tomaste la delantera.

MONCHO (Acercándose a Igarzas y dándole la mano) Bienvenido sea el señor Igarzas.

IGARZAS Mi consecuente amigo y compañero el señor Toro le habrá hablado de mí.

MONCHO (Con marcada intención) Sí, señor, me ha hablado de usted.

TORO (Sonriéndose) Sí, Igarzas, le he hablado de tí.

IGARZAS Yo, señor Gobernador, soy el hombre franco y leal que dice lo que siente y siente lo que dice.

TORO (Aparte) Cuéntaselo a quien no te conozca.

IGARZAS (Sonriéndose con satisfacción) Desde hace muchos años vengo luchando en defensa de los derechos del obrero y mantengo que las prerrogativas de que hoy goza el capital son, para ese infortunado paladín del progreso, inagotables fuentes de quebrantos. Yo, señor Gobernador, nací para el pueblo, soy del pueblo y vivo para el pueblo.

TORO (Aparte) Ya metió la pata este cuadrúpedo. (Dirigiéndose a Igarzas) Ten cuidado, Igarzas, ten cuidado con lo que dices.

MONCHO (Aparte) ¿Para qué contradecir a un loco? Hablémosle de otra cosa. (Dirigiéndose a Igarzas) He cambiado impresiones con el señor Toro y después de pesar sus concienzudas observaciones y discretísimos consejos, he decidido entregarme a ustedes en cuerpo y alma.

TORO (Aparte y con expresión de alegría) Yo me hago cargo del alma.

IGARZAS (Aparte y con regocijo) Y yo del cuerpo.

TORO Gracias, señor Gobernador. Seremos sus fieles escuderos.

IGARZAS Sus leales y obedientes servidores.

(Ambos inclinan la cabeza)

Escena Décima

MATEO (Aparece Mateo en la puerta) ¿Me da usted permiso, Don Moncho?

MONCHO Adelante Mateo, ¿qué ocurre?

MATEO Lo llaman por teléfono de Washignton.

MONCHO (Con interés) ¿De Washington?

MATEO Sí, señor, el General Wickes os quiere hablar.

MONCHO Voy enseguida. Dile que aguarde un momento.

MATEO Así lo haré.

Escena Duodécima

TORO (Dirigiéndose a Igarzas) ¡Qué hombre más admirable!

IGARZAS ¡Notabilísimo!

MONCHO (Dirigiéndose a Toro y a Igarzas) Caballeros, perdonadme por unos instantes.

TORO (Inclinando la cabeza cortesmente) Está usted excusado, mi honorable Gobernàdor.

IGARZAS Vaya, vaya usted, señor Gobernador. y prescinda de todo género de cumplidos con sus humildes servidores.
(Moncho saluda y se retira)

Escena Duodécima

TORO ¡Este americano es un dechado!

IGARZAS Más que un dechado, es la personificación de la caballerosidad.

TORO Realmente estoy enamorado del hombre.

IGARZAS Parece que quiere ganarse nuestras voluntades.

TORO ¡Cómo te has dado cuenta de sus intenciones! ¡Ay, Igarzas, si Dios me hubiera dotado de tu capacidad, para esta fecha ya sería yo Canciller de España o Gobernador de Galicia.

IGARZAS Déjate de necedades y hablemos seriamente. Creo que conviene que marchemos de acuerdo.

TORO Opino de la misma manera.

IGARZAS Sería lamentable que, después de haber catequizado a este inocentón, fuéramos por una indiscreción de nuestra parte, a destruir toda nuestra obra.

TORO Tienes razón. Sería un desastre que Don Moncho llegara a sospechar que había disidencias entre nosotros. Ten fé en mí y no te preocupes. Tu sabes que la lealtad es una de mis virtudes características.

IGARZAS (Aparte) Y pensar que este hombre tiene madre...

TORO Sí, Igarzas, yo soy consecuente con mis amigos.

IGARZAS (Con sarcasmo) ¿Quién sería capaz de imaginarse lo contrario?

TORO (Mirando al cielo raso y rascándose la quijada) No lo dudarías si hubieras oído las buenas ausencias que hice de tí esta tarde cuando cambiaba impresiones con Don Moncho. Puse de relieve tus merecimientos de manera tal, que desperté en él el deseo de conocerte. Esa es, Igarzas, la forma en que proceden los buenos amigos.

IGARZAS (Con sonrisa que revela duda) Gracias, Toro, tu tienes un corazón de oro.

TORO (Sonriéndose) El tuyo, Igarzas, es de dieciocho quilates.

IGARZAS (Cambiando de conversación intencionalmente) ¿No se te ocurre preguntarte una cosa?

TORO A mí se me ocuren muchas preguntas. ¿A qué te refieres?

IGARZAS Se me ocurre preguntarme cómo ha sido posible que Don Feliciano nos haya permitido que nos apoderemos del fuerte.

TORO No debe extrañarte. Ese espantapájaros, como tú sabes, dedica su tiempo casi exclusivamente a cultivar la poesía; a fomentar los intereses políticos de Don Barce y a preparar, con el auxilio del Diccionario de Sinónimos, esos famosos discursos en inglés que han hecho época en la historia de la elocuencia, y distrae su atención con estas cosas a tal grado, que puede des-

filar por delante de sus narices una caravana sin que se dé cuenta.

IGARZAS — Has hecho un magistral bosquejo de Don Feliciano.

TORO — (Sonriéndose) Yo sé, Igarzas, que ese hombre no te quiere bien.

IGARZAS — No me sorprende que me tenga tirria. Don Feliciano es enemigo del obrero y siempre ha escuchado sus quejas con indiferencia.

TORO — (En tono de broma) Sé franco y no me engañes. ¿Crees tú que esas quejas están justificadas?

IGARZAS — (Muy excitado) Justificadísimas. El tratamiento que se da hoy al obrero no tiene calificativo. Pero no está lejano el día de la expiación de sus opresores (En alta voz y muy excitado) Las clases proletarias, villanamente tiranizadas por los burgueses, dueños de vidas y haciendas, se levantan en rebeldía, al llamamiento de sus defensores, para llevar a cabo la obra suprema de su redención.

TORO — (Agarrando a Igarzas por el brazo) Baja la voz, baja la voz, Igarzas, no vaya a suceder que nos echen de aquí. (Muy enojado) No seas escandaloso. Supónte que te oye Don Moncho que odia el socialismo, pierde la cabeza y nos dice:—¡idos de mi presencia!—y sabe Dios si cegado por la cólera hasta nos llena de improperios.

IGARZAS — No seas pusilánime, Toro, no seas pusilánime. Después de todo qué podría decirnos Don Moncho si llegara a perder la chaveta?

TORO — (En voz muy baja) Podría decirnos—lárguense de aquí, hijos de escopeta.

IGARZAS — Hijos de escopeta, y qué?—(Sonriéndose) Los insultos de estas gentes me dan ganas de reír.

TORO — Te equivocas, Igarzas. Eso de hijo de escopeta tiene su sal y su pimienta.

IGARZAS — No lo creas. Imagínate que yo te llamara hijo de trabuco. ¿Qué dirías tú? Tú dirías para tus adentros— Igarzas es un imbécil— (Pausa) Para poner a una persona como chupa de dómine, no hay lengua más expresiva que nuestro castellano; dulce como la miel cuando se trata de asuntos amorosos, es decir, cuando el amor es el factor predominante en el episodio que se desarrolla, pero amargo, más amargo que la retama, cuando un resentimiento o agravio recibido nos hace perder el juicio y damos rienda suelta al coraje.

TORO — Tú discurres así porque no te das cuenta de su verdadero significado. Eso de hijo de escopeta tiene su veneno.

IGARZAS — (Con interés) Explícate.

TORO — Ahora verás. Que a mí me llamaran hijo de arpa, entiendes, Igarzas, no me ofendería porque el arpa es un instrumento clásico que el que lo toca necesita de cierta maestría, pero no así con una escopeta que es cosa vulgar, accesible a todo el mundo y que el menos espabilado se la echa al pecho, le pone el dedo en el gatillo y tira con ella.

IGARZAS — ¡Admirable revelación! Estás en lo cierto Una escopeta está al alcance de cualquiera dispuesto a manipularla. Y

pensar que en varias ocasiones me han llamado hijo de escopeta. . . ! Al primero que vuelva a soltarme uno de esos escopetazos, le largo una fuerte bofetada, una bofetada tan fuerte, que no volverá a pasar más nunca por delante de una armería.

TORO (Poniendo la mano en el brazo de Igarzas) No sigas, alguien se aproxima.

IGARZAS Me parece que es Don Moncho.

Escena Décimotercia

MONCHO (Entrando al salón) Les he hecho esperar más de lo que había calculado. Perdónenme Uds. La conversación que he tenido con el General ha sido muy larga e interesante. Me precisa salir para Washington inmediatamente.

IGARZAS Nosotros iremos con usted.

TORO Seremos sus compañeros de viaje y así continuaremos cambiando impresiones.

MONCHO (Acercándose a la puerta y hablando en voz alta) Mateo, trae el equipaje. No hay tiempo que perder.

MATEO (Desde adentro) Allá voy.

IGARZAS (Aparte) Estoy dispuesto a seguirlo hasta Jerusalem.

TORO (Aparte) Y yo hasta el mismo calvario.

Escena Décimacuarta

MATEO (Entra Mateo con dos maletas) Aquí están las maletas.

MONCHO Gracias, Mateo. Ponte el sombrero y ven con nosotros a la estación.

TORO No hay necesidad de que se moleste

el buen Mateo. Yo, mi honorable Gobernador, llevaré las maletas.

IGARZAS (Dirigiéndose a Toro) Tú llevarás una y yo la otra. No lo quieras todo para tí.

TORO (Bruscamente) Déjame en paz. No te metas en asuntos que no son de tu incumbencia.

(Toro agarra las dos maletas y tiene que sostener una breve lucha con Igarzas que trata de quitarle una)

MONCHO (Poniéndose el sombrero que le da Mateo) Marchemos, caballeros.

MATEO (Colocando la mano sobre el hombro de Moncho) Que Dios lo acompañe y que me lo traiga con bien.

MONCHO Gracias, Mateo.

IGARZAS (Dirigiéndose a Mateo) Hasta otra vista, Mateíto.

(Aparte) Este tiene vitola de socialista.

TORO Marche adelante, señor Gobernador.

(Moncho, Toro e Igarzas salen juntos por la puerta del fondo)

MATEO Quiera el cielo que estos apaches no me lo secuestren.

(Cae el telón)

SEGUNDA PARTE

(Representa la escena una de las calles principales de la ciudad de Kansas)

Escena Décimaquinta

IGARZAS (En tono de súplica y tratando de quitarle a Toro una de las maletas) Chico, dame esta maleta, apenas puedes con las dos, no seas egoísta.

TORO (Echándolo a un lado bruscamente) No insistas, me estás irritando la sangre.

Yo las llevaré ambas aunque se me fracture el espinazo.

IGARZAS (Aparte y con expresión de descontento) Ya me la pagarás...

MONCHO (Señalando con la mano una calle que corre en dirección opuesta) Esta es una de las principales avenidas de mi hermosa ciudad.

TORO ¡Qué maravilla!

IGARZAS ¡Qué cosa tan primorosa!

MONCHO (Señalando con la mano) Aquel edificio que véis allá es el Club Socialista.

IGARZAS (Señalando también con la mano) ¿Y aquel de la torrecilla?

MONCHO (Guiñándole el ojo a Toro) Aquel edificio de la torrecilla es la cárcel.

TORO (Dirigiéndose a Igarzas, guiñándole el ojo a Moncho y riéndose maliciosamente) ¿No te parece que está muy cerca el uno del otro?

IGARZAS (Contrariado) Algo, algo cerca, pero no más cerca que mi mano de tu cara. (Aparte) ¡Qué sinvergüenza es este tío...!

MONCHO (Cambiando de conversación) La ciudad de Kensas, compañeros, es una de las más progresistas del país. Mi labor aquí, en las últimas elecciones, fué tan eficaz, que no hay quien le quite de la cabeza al Primer Jefe que en toda la América no hay otro Moncho Reyes.

TORO Muy merecida reputación.

IGARZAS Discretísimo juicio.

MONCHO El Primer Jefe ha recompensado mis servicios con el nombramiento de Go-

bernador, y como en mi labor política necesité del concurso de algunos amigos, estoy ahora obligado a darles puestos lucrativos en mi gobierno, aunque tenga que cometer injusticias con los naturales del país.

TORO IGARZAS — Eso es muy lógico.

¡Muy lógico! (Aparte) (Con expresión de alegría) No sabe Don Antonio lo que le espera.

Escena Décimosexta

TONY — (Se oye la voz de un muchacho que grita desde afuera) Moncho Reyes, Gobernador de la ínsula. ¡Extra! ¡Extra! ¡Extra! ¡Moncho Reyes! ¡Extra! ¡Extra! ¡Moncho Reyes! ¡Gobernador! ¡Extra! ¡Extra! ¡Extra!...

MONCHO — (Mostrando sorpresa y satisfacción) Qué escucho?

TONY — (Gritando desde afuera) ¡Moncho Reyes! ¡Extra! ¡Extra!...

MONCHO — Quiero un ejemplar de ese periódico.

TORO IGARZAS — Aquí viene el muchacho.

(Mete la mano en el bolsillo, saca una moneda y se dirige al muchacho que va aproximándose) Ven acá, dame uno de esos periódicos.

Escena Décimoséptima

TONY — (Entrando al escenario) ¡El Aguila! ¡Extra! ¡Extra! (Tony le da a Igarzas uno de los periódicos que trae, coje la moneda y continúa en dirección opuesta gritando) ¡Extra! ¡Moncho Reyes! ¡Gobernador! ¡Extra! ¡Extra!...

Escena Décimoctava

IGARZAS (Igarzas, que está entre sus dos compañeros, lee mientras Moncho y Toro escudriñan con interés el periódico) ¡Moncho Reyes Gobernador de la Insula! ¡Fatal elección!

MONCHO No hagan Uds. caso. Ese es un diario de oposición que siempre apela a la mentira y al engaño. Siga Ud. señor Igarzas.

TORO Sigue, Igarzas, sigue.

IGARZAS (Leyendo) "Con su nombramiento paga el partido triunfante una deuda política, sin tener en cuenta que atropella los fueros de un pueblo débil e indefenso."

MONCHO (Lleno de indignación) ¡Qué infame libelo! Siga, siga, señor Igarzas.

TORO Sigue, chico, sigue. (Con ansiedad)

IGARZAS Ahí voy. (Leyendo) "Moncho Reyes fué destituído como funcionario público por ineptitud. ¿Puede acaso un incapacitado como este hombre gobernar sabia y discretamente a un pueblo culto?"

MONCHO (Muy indignado) ¡Miserables! ¡Miserables!

TORO (Dirigiéndose a Igarzas) Continúa leyendo, Igarzas.
(Se ve en el semblante de Toro que está desconcertado con aquellas inesperadas noticias)

IGARZAS ¡Esto es terrible!

MONCHO No crean Uds. nada, no den crédito a tan infames acusaciones.

IGARZAS (Leyendo) "Se teme que el nombramiento sea revocado por el Senado."

TORO — (Al oir lo que lee Igarzas acerca de la probable revocación del nombramiento, coloca las dos maletas en el suelo, saca del bolsillo un pañuelo y se limpia la frente) ¿Qué oigo? ¿podrá ser tal cosa posible?

MONCHO — (Muy enojado) No siga usted leyendo. Estoy muy indignado, muy indignado. (Saca del bolsillo del gabán unos papeles y los examina rápidamente)

IGARZAS — (Doblando el periódico que entrega a Moncho y dirigiéndose a Toro—Aparte) ¡Qué te parece! ¿Habrá algo de verdad en todo esto? Si le revocan el nombramiento, nos reventamos.

TORO — (Dirigiéndose a Igarzas con voz afable) Puedes tomar una de las maletas o las dos, si insistes en ello.

IGARZAS — (Dirigiéndose a Toro) No, chico, no, te lo agradezco mucho. Sigue con ellas, no quiero calentarte la sangre.

MONCHO — (Volviendo a colocar los papeles en el bolsillo) Marchemos, marchemos, que es tarde y se aproxima la salida del expreso.

TORO — (Aparte y tomando otra vez las dos maletas) Maldita sea la hora en que vine a Kansas.

(Los tres salen por el lado opuesto al que entraron y cae el telón.)

TERCERA PARTE

(Representa la escena la Sala Ejecutiva en el Palacio de Santa Catalina. El Secretario del Gobernador está ocupado en su escritorio atendiendo los asuntos del día. Borinquen, que lleva por delantal una bandera puertorriqueña, está sentada en un sofá en el centro del escenario.)

Escena Décimonovena

BORINQUEN (Aparte) La impaciencia me devora. (Se levanta y se dirige al Secretario que escribe rápidamente, labor en la cual está concentrada toda su atención) Ya le he dicho, señor Secretario, que me urge hablar con mi tutor.

IZQUIERDO (Sin levantar la cabeza) Espera un momomento, no te impacientes.

BORINQUEN (Con expresión de abatimiento) Esa es mi suerte, esperar, siempre esperar, sin que nunca lleguen a cristalizarse mis anhelos. En vez de Borinquen me debieron haber llamado Esperanza porque vivo, y siempre he vivido, fascinada por los falsos halagos de esas creaciones de mi fogosa imaginación. (Dirigiéndose de nuevo al Secretario) Vuelvo a decirle que me urge hablar con mi tutor.

IZQUIERDO (Sin levantar la cabeza) Ya te he dicho que tu tutor está celebrando una importantisima conferencia con sus consejeros Toro e Igarzas, y tal vez no fuera de su agrado que intentáramos distraer su atención. Ya sabes tú cómo es Don Moncho. Se irrita por nada y yo no quiero exponerme a que se enoje y me diga—Izquierdo, tu no me convienes—y tenga yo que regre-

sar desairadamente a Kansas a mendigar mi antiguo puesto de mozo de cámara. (Izquierdo se pone de pie)

BORINQUEN (Con desaliento y excitación) Estoy desesperada.

IZQUIERDO (Después de unos momentos de vacilación) Bien, por complacerte y aunque me tire de las orejas Don Moncho, volveré a recordarle que lo estás esperando.

BORINQUEN Gracias, señor Secretario, gracias. (Aparte) ¡Qué desdichada soy!

Escena Vigésima

BORINQUEN (Fijando los ojos en la bandera de la República que cuelga en el centro del salón) ¡Oh, hermoso emblema de la libertad! ¡Oh, gloriosa enseña creada por el heroísmo y preservada por el amor! ¡Tú, que en las horas acerbas de la Francia inmortal derramaste sobre su frente pálida fulgores de esperanza, escucha mis lamentos! (Pausa)

Hace cuatrocientos años
Que busco con ansiedad
Mi soñada libertad
Y hallo sólo desengaños...
Al llegar a mis riberas
Tu ejército vencedor,
Cantaron himnos de amor
Las aves y las palmeras,
Y alegre ofrendé a los fieles
Y valientes defensores
De la libertad, las flores
De mis fecundos vergeles;
Llevó tu triunfo glorioso
A mi mente soñadora,
La esperanza alentadora

De un porvenir más dichoso,
Más, oh, pesar, tus legiones
Sus promesas olvidaron
E impunemente violaron
sagradas obligaciones.
Volvió a enseñarte la suerte
Y vieron tristes mis ojos,
Que imponía sus antojos
La voluntad del más fuerte;
Que difieren solo en nombres
Los que al Cielo plugo dar
El privilegio de hollar
Los derechos de los hombres;
Déspotas de igual calaña
Aunque los llamen las gentes
En Ultramar presidentes
Y monarcas en España.
Convirtió la cruel dureza
De esa decepción impía,
Mis lágrimas de alegría
En lágrimas de tristeza.

(Borinquen se lleva el delantal a los ojos y enjuga con él sus lágrimas)

Escena Vigésimaprimera

DON ANTONIO (Entra Don Antonio, se acerca a Borinquen y coloca el brazo izquierdo sobre sus hombros) (Con interés) ¿Qué te pasa, Borinquen? dime, ¿qué te pasa?

BORINQUEN ¿Qué me pasa me preguntáis, Don Antonio? (Suspirando y con expresión de tristeza) ¿No conocéis acaso mis desventuras? ¿No sabéis que yo he nacido solamente para llorar? (Pausa) Dede que mi madre, que a pesar de sus intransigencias, me amaba como se

ama a los hijos, tuvo que abandonarme por razones ajenas a su voluntad y a su noble cariño, quedé sometida al tutelaje de gente extraña; de gente que desconoce mi psicología; que ignora la historia de los inmortales que enaltecieron mi linaje; seres, Don Antonio que no sienten con el corazón con que nosotros sentimos; que intentan que yo hable de otra manera y que crea en preceptos contrarios a los que me enseñaron mis padres.

DON ANTONIO — Eso intentan, pero nunca, nunca lo verán realizado.

BORINQUEN — (Con intensidad) ¿Por qué prescindir de esos hermosos patrimonios? ¿Podrá acaso con impunidad la sórdida ambición destrozar nuestras tradiciones y derrumbar el templo de nuestros ideales? El idioma y la religión, Don Antonio, son lazos que conservan unidos los corazones de la familia y de la raza. Quiera el Cielo que siempre podamos preservarlos. Y así lo ansío porque el día que se destruyan esos vínculos, ese día, amargo, muy amargo, veremos desaparecer en el mar de los infortunios que nos persiguen, nuestra personalidad moral que es, Don Antonio, lo único que hemos podido conservar a flor de agua en el naufragio de nuestras acariciadas esperanzas. ¿Comprendéis ahora por qué lloro?

DON ANTONIO — Cálmate, Borinquen, cálmate. Tus hijos lucharán con fé y abnegación para que nunca se vea confirmado el temor que te inquieta.

BORINQUEN — Quiera el Cielo que triunfen tan nobles anhelos.

DON ANTONIO — Ten confianza en Dios. La fuerza de la razón y el espíritu de la justicia están con nosotros.

BORINQUEN — Cierto es que están con nosotros pero necesitamos hacerlos valer.

DON ANTONIO — Nuestras protestas no han de perderse en el vacío.

BORINQUEN — Cuando las debilitamos tratando de exonerar al que nos ha agraviado, con manifestaciones que no sentimos y que dicta la timidez, solo conseguimos despertar en él el envanecimiento y no es extraño que sean miradas con desdén. Esa complacencia típica de nuestra psicología afable y cortés se presta a interpretaciones vejaminosas.

DON ANTONIO — Participo del mismo criterio.

BORINQUEN — Para asumir la actitud que me corresponde, necesito del apoyo de mis buenos hijos.

DON ANTONIO — Siempre me tendrás a tu lado.

BORINQUEN — Si me abandonáis en estos momentos acerbos, no sé que sería de mí.

DON ANTONIO — Tu redención, Borinquen, es la más dulce aspiración de mi alma.

BORINQUEN — (Se oyen pasos) Alguien se acerca.

DON ANTONIO — Me parece que escucho la voz de Don Moncho y la de Igarzas.

BORINQUEN — (Dirigiéndose a Don Antonio) Ellos son.

Escena Vigésimasegunda

(Entra Moncho Reyes acompañado de Toro e Igarzas)

TORO — (En voz baja, dirigiéndose a Moncho) Ahí lo tenéis. No perdáis la oportunidad.

IGARZAS — (Dirigiéndose también a Moncho) Haced-

le ver que sóis el que domina la situación.

DON ANTONIO (Dirigiéndose a Borinquen) No temas, estoy contigo.

MONCHO (Aparte) Se acabaron las contemplaciones. (Dirigiéndose bruscamnte a Borinquen) ¿Para qué me querías?

BORINQUEN (Con timidez) Quería verle para decirle...

DON ANTONIO (Interrumpiendo a Borinquen y colocándose entre ella y Moncho) Borinquen quería hablar con vos para deciros que no está satisfecha con vuestras durezas ni con vuestras arbitrariedades.

MONCHO (Sin prestar atención a lo que dice Don Antonio y dirigiéndose a Borinquen) Ya estoy cansado de tus necedades. Antes de que te conceda el favor de volver a escucharte, es necesario que me prometas prescindir para siempre de tus intolerables caprichos.

DON ANTONIO (Levantando la mano y en tono de protesta) No os permito que habléis de esa manera a...

MONCHO (Sin prestar atención a lo que dice Don Antonio e interrumpiendo su protesta) Se acabaron las contemplaciones. Aquí no ha de prevalecer otra voluntad que la mía y los intrusos que intervengan con mis órdenes y traten de despertar en tí el espíritu de la rebeldía, recibirán la más severa reprensión.

DON ANTONIO (Tratando de dominar la soberbia que lo avasalla) Esto es insufrible.

(Toro e Igarzas están a corta distancia hablando en voz baja)

BORINQUEN (Con firmeza) Nunca, nunca he de acceder a vuestros irrazonables manda-

tos. Quiero libertad de acción y la he de tener por encima de vuestros caprichos. (Pausa) A los seres débiles podrán quitárseles las armas de las manos, pero nunca, nunca, podrá poder alguno arrancarles los ideales de la mente y los sentimientos del corazón. Aunque no sea de vuestro agrado colgará siempre de mi cintura este delantal (Tomando el delantal entre las manos) porque él simboliza el anhelo más dulce y más hermoso de mi vida.

MONCHO (Ensoberbecido) Si vuelve a salir otra palabra de tus labios, me arrojaré sobre tí, te arrancaré ese trapo de la cintura y lo pisotearé.
(Al decir esto Moncho hace un ademán para arrojarse sobre Borinquen, pero Don Antonio se coloca entre los dos y levanta las manos en actitud agresiva.)

BORINQUEN ¡Insolente!

DON ANTONIO (Empujando a Moncho bruscamente) ¡Atrás! Antes de que pongáis vuestra mano sobre Borinquen tendréis que pasar por encima de mi cadáver.
(Moncho está muy excitado y con las manos levantadas, listo para pegarle a Don Antonio)

IGARZAS (Interponiéndose entre Moncho y Don Antonio) Tenga prudencia, Don Antonio.

TORO (Acercándose a Moncho) Tranquilícese mi Gobernador, tranquilícese, evitemos una tragedia.

MONCHO Quiero darle una lección a este intruso.

DON ANTONIO (En voz alta y muy excitado) Mañana mismo salgo con rumbo al Norte para protestar en contra de vuestros desma-

nes y pedir en nombre de la justicia vuestra destitución.

MONCHO — (Con desdén) Salid cuando os plazca y que os acompañe la buena fortuna.

DON ANTONIO — Vente, Borinquen. (Don Antonio pone el brazo sobre los hombros de Borinquen y sale con ella, dejando en el escenario a Moncho, Igarzas y a Toro.)

Escena Vigésimatercera

TORO — Es imposible lograr que este hombre entre en razón.

IGARZAS — Ahora se va al Norte y sabe Dios cuantas falsedades irá diciendo.

TORO — No debemos echar al olvido que la calumnia deja siempre huellas.

MONCHO — Sus esfuerzos serán contraproducentes. Don Antonio no podrá nunca hacernos daño.

IGARZAS — Aunque así lo creo, opino sin embargo, que sería discreto que saliéramos sin pérdida de tiempo para Washington con el fin de anular la labor de ese hombre que podría tal vez encontrar apoyo entre vuestros enemigos políticos.

TORO — La idea me parece acertada.

MONCHO — (Breve pausa) Tal vez tenéis razón. Opto por seguir vuestros consejos. Saldremos hoy mismo. (Dirigiéndose a Toro) Hablad inmediatamente con mi Secretario y ordenadle que vea al capitán del Buenaventura para que nos reserve pasaje.

TORO — Dejaré cumplidas vuestras órdenes.

IGARZAS — (Dirigiéndose a Toro) Aguárdate un momento. (Dirigiéndose al Gobernador)

Escuchadme señor. Lo que voy ahora a solicitar de vuestra Excelencia no es posible que se me niegue.

MONCHO (Sonriéndose) Concedido anticipadamente.

TORO (Con interés) ¿Qué quieres esta vez?

IGARZAS Esta vez yo quiero llevar las maletas.

(Fin del primer acto)

Acto Segundo

PRIMERA PARTE

(Representa la escena un lado de la cubierta del vapor "Buenaventura" que navega con rumbo a Nueva York. Se ven pasajeros sentados en sillas de extensión. Un camarero sirve a los pasajeros tacitas de consomé. Marineros y empleados de a bordo van de una parte a otra de la embarcación, ocupados en sus labores)

Escena Primera

RAMIREZ — Llevamos muy buen tiempo.

IZQUIERDO — El mar parece un lago.

RAMIREZ — (Dirigiéndose a Escobedo) ¿Se marea Ud?

ESCOBEDO — Afortunadamente no. Esta es la primera vez que me embarco y hasta ahora no he cambiado la peseta.

RAMIREZ — (Volviendo la cabeza y dirigiéndose a Izquierdo) ¿Quién será esa señorita tan simpática?

IZQUIERDO — No la conozco.

ESCOBEDO — Esa niña es la señorita Margarita Solano, de Aibonito.

IZQUIERDO — ¡Qué linda mujer!

RAMIREZ — Las borinqueñas son encantadoras.

ESCOBEDO — Y agraciadas como las andaluzas.

RAMIREZ — Tiene Ud. razón. La mujer de mi tierra

es ideal. Abnegadas como las espartanas, dulces como la miel de las abejas y bellas como los fulgores del alba.

IZQUIERDO — A mí me vuelven loco.

RAMIREZ — ¡Qué manera de mirar! No las hay iguales en ninguna otra parte del mundo.

ESCOBEDO — (Cambiando de conversación y señalando con la mano a Toro y a Igarzas que están a corta distancia, pregunta en voz baja a Ramírez) ¿Quiénes son esos señores?

RAMIREZ — Esos señores son dos grandes personajes. No ha oído Ud. hablar de Igarzas y de Toro?

ESCOBEDO — Ya lo creo que sí.
(Se pone de pie Escobedo)
(Aparte) Esto es providencial. Consultaré con ellos mi extraordinario caso. (Escobedo se dirige a Toro y a Igarzas e inclina ante ellos la cabeza respetuosamente) Perdónenme, señores. ¿No querrían Uds. tener la bondad de aconsejarme en un asunto importantísimo?

TORO — (Con curiosidad) ¿De qué se trata, caballero?

ESCOBEDO — Les explicaré. (Breve Pausa) Mi nombre es Estanislao Escobedo, soy propietario, vecino de Jayuya y servidor de Uds. Pues bien, señores, el caso es este:—Hace tres meses envié a mi hijo Zacarías a Valparaíso, Indiana, para que aprendiera el inglés, y con dolorosa sorpresa para mí, recibí de ese muchacho el día antes de salir el "Buenaventura" este cable. Oíganlo: (Escobedo lee el cable) "Señor Don Estanis-

lao Escobedo, Jayuya, Puerto Rico.— Querido papá. Tengo dificultad en aprender el inglés y se me está olvidando el español. ¿Qué hago? Zacarías."

TORO — (Aparte) Cómo me gusta el nombre de pila de ese muchacho.

ESCOBEDO — (Muy excitado) Yo estoy, caballeros, volviéndome loco; temiendo que ese muchacho, que es mi primogénito, se me vaya a quedar mudo, y, después de consultar con su madre, decidí a última hora meterme a bordo y aquí me tienen Uds. lleno de incertidumbre y sin saber qué hacer.

IGARZAS — No se desespere Ud. señor Escobedo. Lo más malo que puede pasarle a su Zacarías es que se quede tartamudo, y en ese caso, a la Legislatura con él.

ESCOBEDO — Eso jamás. Yo soy un humilde agricultor sin ciencia, pero con conciencia. (El operador del telégrafo inalámbrico, interrumpiendo a Escobedo, se acerca a Igarzas y a Toro y les ofrece el Boletín con las últimas noticias. Toro toma uno e Igarzas otro. El operador continúa ofreciéndolo a los otros pasajeros que también lo compran.)

TORO — (Mirando el Boletín) Escucha, Igarzas. Esto tiene tres bemoles y cinco sostenidos. Fíjate. (Leyendo el Boletín) "El señor Cándido Cabott de Chicago, comerciante en joyas falsas, ha recibido con los brazos abiertos a su esposa que ha poco se le fugó con un Ministro Metodista. Ella dice estar sinceramente arrepentida y Don Cándido asegura

que es el hombre más feliz de la tierra.

IGARZAS ¿Cómo dices que se llama ese candidato?

TORO ¿No lo oyes? se llama Cabott.

IGARZAS No habrá un error. Yo he oído pronunciar ese nombre de otra manera.

TORO No, Igarzas, los tipógrafos rara vez se equivocan. Fíjate. (Mostrándole el Boletín) C-a-b-o-t-t. Tiene dos tees.

IGARZAS (Con ironía) Ya lo veo. Cabott tiene dos tees... mayúsculas.

TORO (En tono de broma) Tú, Igarzas, desde luego que no entrarías por reconciliaciones de esa naturaleza...

IGARZAS Si ese Cabott fuera un hombre de mi temple, ya le hubiera roto las costillas al reverendo Ministro. (Pausa) Que a uno se le vaya la cara mitad con un hombre enterizo es una catástrofe, pero ¡ay! Toro, que se le escape con uno de esos pastores que no se sabe a qué género pertenecen... es un desdoro que sólo puede borrarse con una paliza bien administrada.

TORO (Tratando de razonar con Igarzas) Hay gentes menos escrupulosas que tú. Desde que el espíritu del comercialismo se ha apoderado de la conciencia de esos bienaventurados, la honra para ellos es una mercancía que se cotiza a más bajo precio que el de las papas y las cebollas.

IGARZAS (Sonriéndose) Déjate de papas y cebollas y sigue leyendo las noticias.

TORO Aquí viene otra aún más sensacional.

IGARZAS Elimina los preámbulos y larga el trapo.

TORO Prepárate. Oye: (Leyendo) Nueva York.

La Legislatura del Estado se niega a reconocer los títulos eleccionarios de los diputados socialistas.

IGARZAS (Con sorpresa e indignación) ¿Qué dices? Esa es una flagrante violación de los derechos constitucionales.

TORO Qué derechos ni qué ocho cuartos. Tú, Igarzas, eres muy inocentón. Los derechos constitucionales son como los botones de camisa que resultan totalmente inútiles e inservibles cuando las pecheras no tienen ojales.

IGARZAS ¡Qué esperanza más pálida para los que no tenemos ni camisa!

TORO (Leyendo) Aquí vienen otras noticias también muy interesantes.

IGARZAS Continúa.

TORO Escucha. (Leyendo) Al Gobernador del Estado de Illinois se le sigue un proceso criminal por desfalco de los fondos públicos. Hay rumores de alarmantes irregularidades en el Tesoro Nacional. Se asegura que no entra al país ni una sola gota de alcohol. Las últimas estadísticas acusan un aumento espantoso de la embriaguez. (Pausa) ¡Estó es aún más sorprendente! (Leyendo) Prevalece la opinión en ciertos círculos políticos de que Puerto Rico no está aún moralmente preparado para que se le confíe la administración de sus propios intereses.

IGARZAS (Sonriéndose) Y en tanto el mundo sin cesar navega por el piélago inmenso del vacío...

ESCOBEDO (Dirigiéndose a Ramírez) ¿Podría Ud. decirme lo que hace esa señora con el

tablero que tiene en la falda y que lo ha estado manoseando toda la mañana?

RAMIREZ (En voz baja) Esa señora es Doña Inocencia Malpica, una espiritista vidente que, según he oído decir, realiza maravillas.

ESCOBEDO Ya entiendo. (Señalándola con la mano) La señora es una de esas personas que hablan con los cadáveres.

RAMIREZ No precisamente con los cadáveres, sino con los espíritus.

ESCOBEDO Parece que algún muerto está ahora muy cerca de ella. Mire Ud. con que rapidez agita la mano derecha. Yo tengo mis temores. Si no hubiera peligro de que uno de esos espíritus se le presentara a uno de cuerpo entero, yo me acercaría a ella.

RAMIREZ No sea Ud. pusilánime. No hay ni el más ligero peligro. Acerquémonos. (Ramírez y Escobedo se ponen de pie y se aproximan a la señora Malpica cuya atención está concentrada en el tablero sobre el cual mueve las manos con gran rapidez).

RAMIREZ (Dirigiéndose a Escobedo) ¿Quiere Ud. que le pregunte algo?

ESCOBEDO Pregúntele Ud. que si hay algún muerto a la vista.

Doña INOCENCIA Sí, caballeros, en estos momentos están delante de mí dos personajes históricos de quienes guarda la humanidad imperecederos recuerdos.

ESCOBEDO Pregúntele quiénes son.

Doña INOCENCIA Uno de ellos dice que es Simón Bolívar.

RAMIREZ ¿Y el otro?

Doña INOCENCIA Jorge Washington. Los veo a ambos

en sus brillantes uniformes de mariscales. ¡Qué gentiles figuras!

RAMIREZ — ¿Dice algo Bolívar?

Doña INOCENCIA — Bolívar, el valeroso Bolívar, libertador de tantos pueblos esclavos, llora las desventuras de Borinquen e inclina la frente bajo el peso de la más profunda melancolía.

RAMIREZ — ¿Y qué dice Washington?

Doña INOCENCIA — Washington, que ve destrozada su obra gloriosa y profanados sus preceptos santos, no habla. De sus trémulos labios no sale ni una sola palabra. Parece que le abate una intensa tristeza.

RAMIREZ — (Con interés) Pregúntele en mi nombre. . .

Doña INOCENCIA — No puedo. Se acerca otro espíritu. Un espíritu impetuoso que les habla hondamente emocionado.

ESCOBEDO — ¿Qué espíritu se acerca?

Doña INOCENCIA — El espíritu del insigne tribuno, del gran patriota y viril defensor de los fueros de la patria portorriqueña.

RAMIREZ — (Con gran interés) ¿Cómo se llama?

Doña INOCENCIA — (Con tono de voz que revela intenso sentimiento de veneración) ¡Luis Muñoz Rivera!

Escena Segunda

MONCHO — (Entra Moncho—Algunos pasajeros se ponen de pie como señal de cortesía. Moncho que está algo excitado, habla en voz baja a Toro y a Igarzas) Acabo de recibir este inalámbrico: léanlo y admírense.

TORO — (Leyendo el despacho) Portorriqueños mal aconsejados, capitaneados por Alfonso Bravo y Domingo Collado, y con

el concurso de una legión de irlandeses, preparan una manifestación hostil a la llegada del vapor "Buenaventura". Se abrigan grandes temores por lo que pueda ocurrir. Las autoridades han tomado medidas convenientes para evitar una hecatombe.

MONCHO — ¡Qué barbaridad! ¡Esa gente es intolerable! Su inexplicable agresión da lugar a injustos comentarios.

IGARZAS — (Dirigiéndose a Toro) Yo, señores, no les temo a los comentarios. Lo que a mí me inquieta es la posibilidad de que uno de esos irlandeses que manejan los ladrillos con una agilidad admirable, en fin, como si fueran serpentinas, vaya por desgracia a abrirme la cabeza de un porrazo.

TORO — Yo tampoco quiero tener participación en una refriega de esa índole.

IGARZAS — (Aparte) Que nos apaleen y que después anulen el nombramiento... Eso sería el delirio.

MONCHO — No temáis... Yo le haré frente al huracán.

IGARZAS — (Aparte y dirigiéndose a Toro) ¿Para qué me habré yo metido en estos líos?

Escena Tercera

(Empiezan a oirse campanazos. Los marineros y empleados del barco se mueven de un lado a otro precipitadamente. Los pasajeros que quedan en cubierta notan con gran inquietud aquella inesperada actividad de la tripulación)

CAPITAN — (El Capitán Brea se acerca a Moncho Reyes y le habla en voz baja) Tengo una grave noticia que comunicaros.

MONCHO (Mostrando inquietud) ¿Qué ocurre Capitán?

CAPITAN Acabo de descubrir que hay fuego a bordo y estamos corriendo un gran peligro. La tripulación está tratando de extinguirlo pero creo que...

MONCHO (Interrumpiendo al Capitán) ¿Me dice Ud. que hay fuego a bordo?

CAPITAN (En voz baja) Sí, señor, y si como me temo, las llamas llegan al depósito de gasolina es probable que vuele el buque. Le digo a Ud. que nuestra situación es desesperada, muy desesperada. Debemos prepararnos para todo.

IGARZAS (Igarzas dirigiéndose a Moncho y al Capitán) ¿Dicen Uds. que hay fuego a bordo? (El Capitán y Moncho mueven la cabeza afirmativamente.—Igarzas que teme perder la vida está deseperado) ¡Ay, mi madre! ¡Dios mío compadécete de mí!

TORO (Sumamente excitado) ¿He entendido que hay un incendio a bordo?

MONCHO Sí, señor, y sin esperanza de poderlo dominar. Si Ud. y el señor Igarzas necesitan auxilio espiritual que llamen al Capellán.

TORO (Agarrando a Igarzas por el brazo) Oyes, Igarzas, lo que dice Don Moncho. Que llamemos al Capellán. El asunto debe ser muy grave. (Levantando las manos) ¡Compadécete de nosotros, Dios poderoso!

IGARZAS Este incendio es la obra infame de nuestros desalmados enemigos.

TORO (Excitadísimo) Ellos han sido, ellos han sido. (Aparte y dirigiéndose a Igarzas)

Vamos en seguida a buscar nuestros salvavidas.

MONCHO (Mostrando intranquilidad) Capitán, me tenéis que salvar de cualquier modo.

CAPITAN (Suena la sirena del barco) Estoy pidiendo auxilio. En el entretanto la tripulación está luchando bravamente para extinguir la conflagración.

MONCHO Si llego a tierra salvo, ¡que Dios los proteja!

TORO (Dirigiéndose a Igarzas) ¡Ay, Igarzas, estamos perdidos!

IGARZAS (Empieza a salir humo por uno de los ventiladores) ¡Ay, Toro de mi alma, no tenemos escapatoria! Mira, ya empieza a salir el humo sobre cubierta.

TORO (Se dirige al Capitán que está hablando con Moncho) ¿Estamos muy distantes de tierra, Capitán?

CAPITAN Como a trescientas millas.

TORO (Cogiendo a Igarzas por el brazo) Vente, Igarzas, vamos a buscar nuestros salvavidas.

IGARZAS ¿Y qué hacemos con Don Moncho?

TORO En estos momentos supremos no hay Monchos que valgan. El, después de todo, es el responsable del fin trágico que nos pueda caber. (Toro e Igarzas salen de prisa a buscar sus salvavidas)

Escena Cuarta

OPERADOR (Entra el telegrafista y se dirige al Capitán) Se nos comunica que han salido varias embarcaciones a prestarnos auxilio. Además, dice el Segundo Oficial que tenemos un buque a la vista que se aproxima a nosotros rápidamente.

CAPITAN — Muy bien. No se separe Ud. ni un solo momento del aparato. (El Capitán pasa al otro lado del buque y mira con sus anteojos.—Dirigiéndose a Moncho) Esté tranquilo. Póngase el salvavidas por lo que pudiera ocurrir inesperadamente. Yo estaré en el puente. (Se nota que sale más humo por los ventiladores. Los pasajeros muy excitados corren todos hacia la baranda del buque, agitando pañuelos. Se oye la sirena del vapor que se acerca. Toro e Igarzas regresan a la cubierta del barco con los salvavidas puestos. Se oyen varias voces. ¡Aquí está! ¡Ya llega! ¡Qué alegría!...

Escena Quinta

MONCHO — (Dirigiéndose a Toro y a Igarzas) No hay que abrigar temores, compañeros. El buque que nos ha de llevar a puerto está ya casi a nuestro lado.

IGARZAS — ¡Ay, Dios, que susto nos han hecho pasar esos villanos! (Suspirando) Ya yo me veía en las mandíbulas de un tiburón.

TORO — (Colocándose las manos sobre el pecho) Y yo entre los tentáculos de un pulpo. (Vuelve a sonar la sirena del barco; los marineros van precipitadamente de un lado al otro de la cubierta y cae el telón.)

SEGUNDA PARTE

(Representa la escena una calle próxima a los muelles de la empresa de vapores. Entran por el lado izquierdo del escenario veinte o veinticinco personas llevando cartelones en los cuales se leen las siguientes inscripciones: ABAJO CON MONCHO REYES—VIVA LA REPUBLICA—VIVA LA CONSTITUCION—ABAJO CON LOS MERCADERES POLITICOS—Esta legión de descontentos está capitaneada por Alfonso Bravo y Domingo Collado, y va acompañada de cuatro policías con grandes garrotes. Se oye hablar a muchas personas al mismo tiempo)

Escena Sexta

BRAVO — (Desde el centro del escenario y levantando ambas manos) ¡Viva la república! (Muchas voces) ¡Qué viva! ¡Abajo con Moncho Reyes! (Muchas voces) ¡Abajo con el tirano!

COLLADO — (Dirigiéndose a Bravo) Hay que arengar a esta gente y despertar en ella el entusiasmo o nos quedamos solos. A la primera manifestación agresiva de estos cuatro jinetes del apocalipsis, se nos desmoralizan, echan a correr y no los alcanza ni Don Blasco Ibáñez que es una liebre.

BRAVO — (Bravo) Tienes razón. Ya verás. Aguárdate. (Dirigiéndose al grupo de descontentos y hablando en alta voz) Compatriotas: Hemos venido aquí para demostrar ante la opinión pública que tenemos vergüenza. —(Varias voces— ¡Bravo! ¡bravo!) Hijos amantes de la patria agraviada, no la abandonéis en estos momentos en que necesita de vuestro valioso concurso. (Varias vo-

ces—¡Nunca! ¡nunca!) Protestemos una y mil veces y demostremos que los boricuas no nos sometemos voluntariamente a las arbitrariedades de una política que no está en armonía con los principios fundamentales que mantuvieron los inmortales apóstoles de la libertad. (Varias voces—¡bravo! ¡bravo!—Se oyen grandes aplausos) El vapor "Buenaventura" que dentro de breves momentos llegará a estas aguas (Señalando con la mano al río) trae al opresor que con tanta inclemencia ha atropellado nuestros fueros. Protestemos, repito, enérgica y solemnemente en contra de sus desmanes. (Varias voces.— ¡bravo, bravo!—Se oyen continuados aplausos) (Pausa) Nuestra política de paliativos nos ha llevado al desastre. (Prolongados aplausos) Nacimos para ser libres y debemos ser libres! (Varias voces ¡bravo, bravo! ¡Viva el derecho! ¡Viva la bandera! ¡Vivan los unionistas! Grandes y prolongados gritos y aplausos. ¡Viva Borinquen! ¡Viva Don Alfonso! ¡Viva Collado! ¡Viva la independencia!)

POLICIA (Dirigiéndose a Bravo) ¡Basta! caballeros, de arengas y de escándalos! Uds. están alterando el orden público.

COLLADO (Dirigiéndose al policía) La libre palabra es un derecho constitucional del cual no se nos puede privar.

BRAVO Esta es una provocación premeditada. ¡Qué atrevimiento!

POLICIA (Dirigiéndose a Collado) Aquí no hay más derecho constitucional que éste. (mostrándole el garrote) Con que retírense Uds. y desistan de sus propósitos

o los haremos desistir a macanazos. (Pausa) Además, bueno es que Uds. sepan que están perdiendo el tiempo inútilmente, pues me consta que el "Buenaventura" ha ido a atracar a otro muelle y que el Gobernador está ya en camino para el hotel. (Esta inesperada noticia causa descontento entre los manifestantes que hablan excitadamente entre ellos.)

COLLADO (Dirigiéndose a Bravo) ¿Se habrán mofado de nosotros villanamente?

BRAVO (Muy excitado) ¿Pero cómo ha sido posible tal cosa? ¿No será todo esto un ardid de la policía para desorientarnos?

COLLADO Yo creo que nó. No olvides que Don Moncho es un águila.

BRAVO (Dirigiéndose a los manifestantes) No debemos desistir. (Mirando hacia un muelle vecino) Veo que a Don Moncho lo están sacando por allí. Sigámoslo hasta el hotel donde se aloje.

COLLADO Eso es, al hotel. ¡Adelante, valerosos camaradas! (Varias voces.—¡Al hotel! ¡Al hotel!—Salen todos por la izquierda en sus automóviles siguiendo el vehículo del Gobernador, y cae el telón.)

TERCERA PARTE

(Representa la escena la Oficina del Ministerio de la Guerra)

Escena Séptima

GENERAL Las noticias que llegan de la pequeña Insula son muy desalentadoras. Aguardo con interés la anunciada visita del Gobernador. ¡Nuestro prestigio está

sufriendo serios quebrantos. Es necesario que adoptemos procedimientos que pongan remedio radical a este estado de cosas. (Pausa) Nunca, nunca, podrán cristalizarse los anhelos de nuestros hombres honrados en tanto que en nuestras prácticas sigamos emulando a los inquisidores que llevaban la cruz en una mano y el arma del martirio en la otra. Es necesario que nos quitemos la careta y que nos definamos. O la constitución dentro y fuera de la república radiante de luz redentora, o el acero inclemente de nuestros desenfrenados egoísmos arrasando todo lo que encuentre a su paso.

Escena Octava

AYUDANTE (Se oye una campanilla—Entra el Teniente Presto con Moncho a quien anuncia) ¡Su Excelencia, el Gobernador! (Dirigiéndose al Gobernador y a sus compañeros) Pasen Uds. caballeros. (Dirigiéndose al General) Con su permiso, mi General. (El Ayudante saluda y se retira)

GENERAL Adelante, señor Gobernador. Bienvenido sea su Excelencia.

MONCHO ¿Cómo está, mi General? (Se dan las manos) Mis leales ayudantes de campo —Don Sebastián Igarzas y Don Ruperto Toro.
(El General les da la mano a ambos)

GENERAL Ya tengo noticias de los últimos acontecimientos.

MONCHO (Quitándose los guantes) Es necesario que mi General esté al cabo de ciertos pormenores para que pueda, con cono

cimiento de cosas, darse cuenta de la justificación de mis procedimientos.

GENERAL — Se me ha dicho que se han formulado serias acusaciones en contra de su Excelencia.

MONCHO — Sí, mi General. Se me acusó hace poco de haber desfalcado el erario público; pero yo, que como sabe soy algo despierto, manipulé las cosas de manera tan hábil, que mis acusadores tuvieron que abandonar la línea que tenían trazada.

IGARZAS — El Gobernador es un político notabilísimo.

GENERAL — (Con interés) ¿Y cómo logró su Excelencia hacerlos desistir?

MONCHO — De un modo muy sencillo. (Sonriéndose) Le dí el pasaporte al Tesorero, destituí al Juez, decapité al Fiscal y disolví el Gran Jurado.

TORO — (Sonriéndose) Y no le pegó fuego al edificio del Juzgado porque somos accionistas de la Compañía de Seguros.

GENERAL — Sin duda su Excelencia se dijo:—a los grandes males grandes remedios.

MONCHO — Ese es precisamente mi credo.

GENERAL — (Pausa) Parece que Borinquen no quiere entrar por el camino de la razón.

MONCHO — Esa chiquilla es incorregible, y si no, que lo digan mis compañeros.

TORO — Así es. (Quitándose los guantes) Su Excelencia, el Gobernador no exagera, mi General. Es imposible conseguir que esa consentida rapazuela desista de sus ridículas pretensiones.

IGARZAS — Creo que es un caso perdido.

GENERAL — Son probablemente culpables de esos cosas, viejos resabios y una mala educación en asuntos morales. Pero no hay remedio. Ella tendrá que hacer lo que se le ordene y aceptar sin reparo lo que más cuadre a nuestros intereses.

MONCHO — Imagínese Ud. mi General, ¿qué porvenir tendría esa muchacha si nosotros la abandonáramos? Desde luego que sería una desgraciada, y sin embargo, dice que no acepta ni aceptará nada a no ser que sea la absoluta independencia, o en otras palabras, la completa disolución de los vínculos que la ligan a nuestra gran familia. ¿Qué opina Ud. mi General?

GENERAL — Ya yo sabía que era algo fuerte de temperamento, pero jamás sospeché que pudiera llegar a tales desenfrenos.

MONCHO — Tan pronto como me dí cuenta de lo que pretendía, le hablé con claridad y le hice saber que estaba malgastando sus energías.

GENERAL — El primer Jefe se da cuenta de que estáis inspirado por un noble espíritu de lealtad hacia la nación y aprueba todos vuestros actos. Así me lo dijo hace unos momentos. Aun más, me aseguró que nada conseguirían vuestros enemigos si tuvieran la osadía de formular sus acusaciones ante la Asamblea Nacional, porque, según me hizo saber reservadamente, tenéis en ella fieles amigos y, en todo caso, en vez de un veredicto adverso recibiríais un voto de gracias. No debéis dejar, por consiguiente, que os inquieten infundados temores. Los que manejamos la ba-

tuta estamos, como ya os he dicho, incondicionalmente a vuestro lado.

MONCHO — Yo no esperaba otra cosa de tan consecuentes benefactores.

TORO — Ni yo tampoco.

IGARZAS — Ni yo tampoco (Aparte) Este Moncho tiene un poderío colosal. . .

GENERAL — (Dirigiéndose a Moncho) No me cabe duda de que después que cambiéis impresiones con el Primer Jefe y le expliquéis el verdadero estado de cosas, regresará su Excelencia a la Insula con mayor amplitud de autoridad.

IGARZAS — (Dirigiéndose a Toro) Ya lo has oído, con mayor amplitud de autoridad. Y pretenden esos imbéciles decapitarlo.

MONCHO — (Dándole la mano al General) Gracias, mil gracias, mi General.

GENERAL — Yo me las entenderé con vuestros difamadores.

TORO — Me consta que Don Moncho ha procedido siempre noble, honrada y justicieramente.

IGARZAS — (Con énfasis) ¡Es un dechado de virtudes!

MONCHO — Los malos consejeros de Borinquen no han economizado medio para hacerme daño y desprestigiarme.

TORO — (Dirigiéndose a Moncho) Decid al señor General lo que en estos momentos están fraguando.

MONCHO — (Dirigiéndose a Toro) Ya el General está en antecedentes.
(Dirigiéndose al General) Resentidos estos señores porque yo no he querido acceder a sus ridículas exigencias, han enviado, según avisé a mi General por cable, una Comisión encabezada por el

Presidente del Senado nada más ni nada menos que para solicitar del Primer Jefe, y si es necesario de la Asamblea Nacional, que se me arroje del puesto que tantas jaquecas me costó en Kansas y que tantos sudores me está costando en los trópicos.

GENERAL (Con ironía) No son muchas sus pretensiones.

IGARZAS (Dirigiéndose a Moncho) Nada ha dicho su Excelencia al General del sospechoso incendio a bordo del "Buenaventura".

TORO (Dirigiéndose a Moncho) Sí, señor, de ese incendio que puso en peligro nuestras vidas. (Dirigiéndose al General) ¡Ay, mi General, esa gente no tiene conciencia!

MONCHO (Con ironía) Si fuera solamente conciencia lo que les faltara.

GENERAL De ese incendio yo tengo mis sospechas.

IGARZAS No es posible poner fé en ellos.

GENERAL Hacerles caso sería cometer una grave injusticia con el señor Gobernador.

TORO No hay ni la más remota duda.

IGARZAS Sería un crímen darles oídos.

GENERAL (Colocando la mano derecha sobre el hombro del Gobernador) Apruebo, señor Gobernador, vuestra política y vuestros procedimientos.

TORO (Interrumpiendo al General y dirigiéndose a Moncho) Conveniente es que aviséis al General que la Comisión que viene a solicitar vuestro relevo debe llegar a este Negociado de un momento a otro.

GENERAL Que venga cuando plazca a sus deseos.

(Con ironía) Los recibiremos bien y regresarán contentos. (Suena el teléfono y el General toma el aparato) ¿Quién habla?—Sí, su Excelencia—aquí está con sus compañeros—le comunicaré vuestras órdenes—muchas gracias—adios, su Excelencia. (Dirigiéndose a Moncho) El primer Jefe acaba de hablarme y dice que está a vuestra disposición. No perdáis esta oportunidad. (El General se pone en pie y se dirige con Moncho, Toro e Igarzas hacia una puerta situada a la derecha del escenario. Al llegar a ella da la mano a los visitantes.) Marchen por aquí hasta llegar a aquella estatua (Señalando con la mano) doblen entonces a la derecha, suban la primera escalera que encuentren y al llegar al fin de ella hallarán al Secretario del Primer Jefe que allí los aguarda.

MONCHO Gracias, mi General, hasta otra vista.

TORO (Saludando cortesmente) Adiós, mi General.

IGARZAS (Inclinando la cabeza) Adiós, mi General.

GENERAL Hasta más tarde, caballeros. (El General, después de acompañar a Moncho y a sus amigos hasta la puerta, regresa a su escritorio, se sienta y toca un timbre.)

Escena Novena

AYUDANTE (Entra éste por la puerta del centro del escenario y saluda) A vuestras órdenes, mi General.

GENERAL Si llegan unos señores a solicitarme haga que pasen inmediatamente. (Pausa) Eso es todo.

AYUDANTE — Vuestras órdenes serán cumplidas. (El Ayudante saluda y se retira.)

Escena Décima

GENERAL — Fáltele o no le falte razón al Gobernador, es mandatorio que le prestemos nuestro apoyo moral. Recibiremos cortesmente a Bárcena y a sus satélites; les dispensaremos todo género de distinciones y les haremos creer que los asuntos que vienen a dilucidar serán resueltos de acuerdo con sus aspiraciones. Tengo la seguridad de que, esperanzados con mis halagüeñas promesas, regresarán tranquila y pacíficamente al suelo nativo. Una vez libres de esas pejigueras haremos lo que nos dicte nuestro santo capricho.

Escena Undécima

AYUDANTE — (Entra éste por la puerta del centro y saluda) ¿Me da su permiso, mi General?

GENERAL — ¡Adelante!

AYUDANTE — Aquí están ya los señores que mi General aguardaba.

GENERAL — Que pasen inmediatamente.

AYUDANTE — (Hablando desde la puerta) Adelante, caballeros.

GENERAL — (Drigiéndose al ayudante) Puede Ud. retirarse. (El ayudante saluda y se retira)

Escena Duodécima

(Entran Don Antonio Bárcena, Don Alfonso Bravo y Don Domingo Collado, miembros de la Comisión.)

GENERAL — (Dirigiéndose a los visitantes) Buenas

tardes, caballeros. Pasen adelante y tomen asiento.

DON ANTONIO (Dando la mano al General) ¿Cómo está el señor General?

COLLADO (Dando la mano al General) Mucho placer me da conocer a su Excelencia.

GENERAL (Sonriéndose y con gran complacencia) El placer es mío, caballeros.

BRAVO (Dándole la mano al General) Ya yo conocía al señor General por referencias.

GENERAL Hace algunos años estuve en la Insula. (Acercando una de las sillas) Tomen ustedes asiento.

DON ANTONIO De su estadía en ella guardamos todos gratísimos recuerdos.

GENERAL Los países tropicales me encantan y el vuestro es tal vez el más bello del Archipiélago Antillano. Vuestra tierra es un paraíso; un verdadero nido de flores; nada más hermoso ni más poético que aquellos panoramas que se contemplan desde la cima de vuestras montañas, vestidas con el ropaje de una vegetación exhuberante y bella. Yo pasé días muy felices en vuestra encantadora tierra.

COLLADO Cierto, muy cierto es todo lo que dice su Excelencia; pero de qué valen esos encantos físicos si por dentro llevamos el alma destrozada?

BRAVO Bajo aquel cielo y sobre aquellas montañas desgraciadamente bate el infortunio sus fatídicas alas.

DON ANTONIO (Con intensidad) Somos muy desdichados, pero no por eso hemos de permitir que languidezcan nuestras esperanzas. El Cielo nos protegerá.

GENERAL Vuestra felicidad y vuestro bienestar

es uno de los anhelos que con más calor alientan nuestros corazones.

DON ANTONIO — Esos anhelos que alentáis, mi General, podrían solamente cristalizarse con la ampliación de nuestras libertades.

COLLADO — De otra manera nunca seremos dichosos.

GENERAL — Os aconsejo que tengáis fé en el porvenir.

BRAVO — La ampliación de libertades está dentro de la moral de las viejas enseñanzas que predicaron los fundadores de la república.

DON ANTONIO — ¡Cómo han sido relegados al olvido aquellos santos preceptos! ¡Cómo han perdido la fragancia con que los vieron surgir generaciones pasadas más afortunadas que la nuestra!

GENERAL — Vuestras apreciaciones son erróneas. Los preceptos de que me habláis laten aún llenos de vida dentro de nuestros corazones.

DON ANTONIO — ¿Por qué entonces, dando al traste con esos credos elegís para administrar nuestros asuntos, a un hombre inepto y falto de las indispensables condiciones que deben poseer los gobernantes?

GENERAL — (Tratando de evadir el asunto) Como ya os he dicho, todo obedece a erróneas apreciaciones de los hechos.

COLLADO — Os equivocáis, mi General.

BRAVO — Don Antonio no es un hombre que se apasiona.

DON ANTONIO — (Dirigiéndose a Collado y a Bravo y algo molesto) Dejadme continuar y no me interrumpáis.

GENERAL — (Dirigiéndose a Don Antonio) Tenéis la palabra.

DON ANTONIO — Bien, mi General. Escúcheme su Excelencia: El hombre que nos habéis enviado de Gobernador es un politicastro de corto criterio y muy recargado de malas mañas. Llegó a nuestro país lleno de ínfulas y con el propósito de establecer en nuestra tierra el imperio de su voluntad. Lo primero que nos ha exigido autocráticamente es que prescindamos de nuestros ideales, y eso como comprendéis, es una tiranía incalificable. Las colonias pueden llegar a nacionalizarse llevándolas al convencimiento por la fuerza de la razón, pero es obra difícil hacerlas capitular por la razón de la fuerza. (Pausa) Hay algo más que nos interesa que sepáis.

GENERAL — Seguid, os oigo atentamente.

DON ANTONIO — Como Don Moncho nos ha hallado rehacios en lo que toca a la sanción de su dictadura, se niega rotundamente a permitir la intervención, en asuntos de gobierno, de los cabecillas del Partido que representa la mayoría del país.

GENERAL — (Con firmeza) Se me ha dicho que esas quejas no están bien fundadas.

DON ANTONIO — (Con énfasis) ¿Por qué no? Os parece acaso justo que nuestros puestos públicos estén en manos de la legión de aventureros que trajo el Gobernador de su ciudad natal? ¿Créis, mi General, que esos abusos están justificados? ¿No juzgáis inconsistente con vuestros principios que la voluntad, los derechos y la conciencia de un pueblo se vendan en pública subasta para pagar

con su producto las deudas de vuestros partidos políticos?

GENERAL (Poniéndose de pie y algo excitado) Veo que miráis las cosas bajo un aspecto desalentador.

DON ANTONIO (Con energía) No es posible verlas de otra manera.

BRAVO No pueden conceptuarse de modo diferente.

DON ANTONIO Sea cual sea vuestro criterio, quiero poner en vuestro conocimiento que el objeto principal de nuestra visita es protestar en contra de los desmanes de Don Moncho y pedir que lo destituyan.

COLLADO Eso es, ¡que lo destituyan!

BRAVO Más francos no podemos ser.

GENERAL (Pausa) Ya yo tenía conocimiento de las deplorables disidencias de que acabáis de informarme y quiero manifestaros que he cambiado impresiones con el Primer Jefe y éste ha resuelto ordenar que se presente en nuestra Cámara una ley en virtud de la cual se conceda a vuestro país la independencia o por lo menos se establezca en él un Estado Libre Asociado, a manera del que se acaba de inaugurar en Irlanda por la Gran Bretaña. De esta manera se verán realizados vuestros anhelos patrios. Una vez puesta en vigencia esa ley, automáticamente será eliminado el Gobernador que tan escasa admiración ha despertado en vuestros corazones. El proyecto que acabo de exponer está inspirado por un hondo sentimiento de afecto a vuestro pueblo.

DON ANTONIO (Poniéndose de pie y muy excitado) Vengan vuestras manos, mi General. Yo

siempre he tenido fé en la sinceridad de vuestros propósitos. En vuestro país podrán cometerse grandes errores, pero tarde o temprano llega la hora de las grandes rectificaciones. Aceptamos desde luego vuestra generosidad y juramos solemnemente (Los tres levantan la mano y mueven la cabeza afirmativamente) no formular queja alguna que haga daño a los intereses del partido que en estos momentos dirige los asuntos públicos.

COLLADO — ¿Pasará mucho tiempo, mi General, antes de que veamos realizado vuestro ofrecimiento.

GENERAL — Probablemente dos o tres meses.

DON ANTONIO — (Con expresión de regocijo) ¡Oh, mi General, cómo me ha llenado de júbilo el que hayamos llegado a tan amistoso entendimiento.

GENERAL — (Sonriéndose) No tanto como a mí.
(Los tres miembros de la Comisión se ponen de pie, toman sus sombreros y se disponen a salir. El General los acompaña hasta la puerta)

COLLADO — Mil gracias, mi General. El país os vivirá eternamente agradecido.

BRAVO — Si alguna vez nos honráis con una visita, os recibiremos con arcos triunfales.

GENERAL — Muy agradecido, caballeros.

DON ANTONIO — Dénos el Estado Libre y le prometo que lo canonizamos.

GENERAL — Mucho me complace vuestro ofrecimiento.

DON ANTONIO — Adiós, mi General.

GENERAL — Hasta otra vista, caballeros.

DON ANTONIO (Con expresión de honda alegría) El Estado Libre o la independencia.
(Después de darles la mano el General, salen los tres y se cierra la puerta.)

Escena Décimotercia

GENERAL (Riéndose a carcajadas) ¡Ja...! ¡Ja...! ¡Ja...! Cómo los he hecho comulgar con ruedas de molino! ¡Ja...! ¡Ja...! ¡Ja...! ¡Oh! ¡Ja....

(Cae el telón)

Acto Tercero

PRIMERA PARTE

(Representa la escena la oficina privada del Presidente del Senado. Borinquen lleva como delantal la bandera portorriqueña. Al levantarse el telón se la ve sentada en una silla en el fondo del escenario)

Escena Primera

BORINQUEN — La patria, esa patria que amamos con intensidad y que llevamos en el pensamiento y en el alma, no es solamente el suelo fecundo que hace ostentación de las primorosas galas que sobre él derrama con mano benevolente esa sublime maga que llamamos naturaleza; constituyen la patria, dentro de ese suelo y de ese ambiente, los elementos activos que con sus actuaciones perseverantes y productivas le dan vida intelectual.

Betances laborando con inagotables energías por la cristalización de los ideales de su pueblo; Baldorioty de Castro defendiendo con heroísmo y valentía en el Parlamento Español sus atropellados fueros; la mano viril y abnegada de Muñoz Rivera arrojando el guante de su indignación a los enemigos de sus libertades; José de Diego

proclamándose con su fecunda y vibrante palabra el príncipe de la elocuencia americana; nuestros pensadores y estadistas contemporáneos buscando una solución plausible y decorosa a nuestros problemas políticos; y finalmente, el cerebro y el alma de nuestra comunidad laborando afanosamente por nuestro progreso intelectual y moral, constituyen la patria que amamos hondamente, la patria que hace saltar las lágrimas de nuestros ojos en sus horas de adversidad, y palpitar de alegría a nuestros corazones cuando vemos llegar hasta sus riberas las olas de la bonanza.

Escena Segunda

ANDINO (Entra por la puerta del fondo, pone el sombrero y el bastón sobre la mesa y le da la mano a Borinquen, hablándole con excesiva afabilidad) Buenas tardes, Borinquen, ¿cómo estás?

BORINQUEN (Con expresión de hondo abatimiento) Llena de la más intensa incertidumbre.

ANDINO Cuando la razón está al lado de uno no debemos perder nuestras esperanzas. Las esperanzas, y no lo olvides, Borinquen, son flores que con su fragancia mitigan las penas del alma.

BORINQUEN (Suspirando) Pero también languidecen y se marchitan. Las esperanzas, de la misma manera que las flores, necesitan del rocío del alba para refrescar sus pétalos, y si mis ojos, que ansiosos buscan los primeros fulgores del amanecer de mis ideales, no aciertan a des-

cubrir un solo destello, mal puede mi corazón recibir ese rocío refrescante que merme la intensidad de su pesar. El único rocío que llega a él es el de mis ojos. (Con voz que revela melancolía) Mis lágrimas, mis amarguísimas lágrimas.

ANDINO — (En tono afable) No desesperes. Tus aspiraciones se realizarán en no lejano día. No dejes que el desaliento se apodere de tu ser. Yo tengo ciega fé en el porvenir. El espíritu de la democracia se va apoderando de la conciencia de los hombres. Hay algo embriagador en el ambiente que con fuerza irresistible nos lleva hacia la afinidad de pensamientos y de ideales. Ese mismo espíritu, agitando sus poderosas alas, salva las barreras del antagonismo racial, cruza las apartadas fronteras y une con lazos de la leal confraternidad a todos los hombres y a todos los pueblos. El ha de ser, y no lo olvides, el poder oculto que realice la obra santa de tu redención política.

BORINQUEN — Quiera el cielo que vuestras palabras sean proféticas.

ANDINO — ¿Por qué no han de serlo? No es acaso razonable presumir que la justicia salga victoriosa?

BORINQUEN — Vuestro optimismo me llena de alientos.

ANDINO — Precipitar los acontecimientos es la obra que en estos momentos demanda el ejercicio de nuestras actividades.

BORINQUEN — ¿Con que insistís en que el advenimiento de mis libertades es casi un hecho?

ANDINO — No abrigo la más ligera duda. El fruto de la labor de Don Antonio y sus compañeros será fecundo, muy fecundo, no lo olvides.

BORINQUEN — Probablemente estáis en lo cierto, pero aunque afortunadamente así sea, lejos estoy de ser dichosa. Yo, desgraciadamente soy toda corazón y tal vez por esa razón es que me hiere con mayor dureza la manera desdeñosa en que me tratan los dueños de mi voluntad.

ANDINO — No me extrañan sus desdenes. La vanidad de esos eternos enemigos de nuestra raza está, hasta cierto punto, justificada. Nosotros, y solo nosotros, tenemos la culpa de que estén tan engreídos y a nadie debemos quejarnos.

BORINQUEN — Tenéis razón. Nuestra psicología afable y buena, guiada a veces por los impulsos de nuestro temperamento, traspasa los límites de la condescendencia.

ANDINO — Has dado en el clavo. Nosotros somos como ya lo he dicho, los únicos culpables. (Pausa) Nos alucinamos con cualquier cosa y a pesar de nuestras resoluciones volvemos a las mismas sin esperanza de que nos reformemos. (Andino se sonríe) (Pausa) Inventa un sajón una cafetera que funciona automáticamente y acto continuo la pregonamos como una maravilla. Nuestra prensa cortés y bien intencionada hace exagerados elogios del ingenioso percolador y no falta un Santos Chocano que escriba un canto épico que se titule (Sonriéndose y en alta voz) "La Cafetera", pero ¡ay, Borinquen! inventa un

argentino, un mexicano o uno de tus hijos después de muchos años de estudio y asidua labor intelectual, un aparato científico que resuelva un problema de gran importancia, y nuestro primer pensamiento es el que nace de la duda. Le llenamos el corazón de desaliento con nuestra indiferencia y no encontramos para él ni una frase que despierte en su alma el entusiasmo. Convéncete, Borinquen, los laureles de nuestras fecundas selvas no son para nuestros hermanos, siempre van, desgraciadamente a sienes exóticas.

Escena Tercera

(Entra Carmelo Márquez precipitadamente y tan excitado que apenas puede hablar.) ¡Borinquen! Te traigo gratísimas noticias.

BORINQUEN (Agradablemente sorprendida) Dime, dime, ¿qué noticias me traes?

ANDINO Parece que el Cielo te ha enviado. Cuéntanos lo que pasa.

CARMELO Oíganme ustedes: He venido casi ahogándome para decirte (Dirigiéndose a Borinquen) que el buque en que regresaba la Comisión que fué al Norte a defender tu causa, hace como media hora que atracó en el muelle. Don Antonio llegará aquí de un momento a otro.

BORINQUEN (Con expresión de intenso regocijo) ¡Gracias, Dios mío, gracias! ¡Cuánto me alegro!

ANDINO ¿Tienes otras noticias?

CARMELO Sí, señor. Hay rumores de que ha ven-

cido a sus contrincantes en toda la línea de batalla.

BORINQUEN (Aparte) Estos son los instantes más felices de mi vida.

ANDINO (Dirigiéndose a Carmelo) Tus noticias me llenan del más profundo regocijo.

CARMELO El entusiasmo del pueblo es inmenso. Apenas pueden cruzarse las calles. La ovación que se está haciendo en estos momentos a tus nobles patricios no tiene precedentes en nuestra historia política. Solo se escuchan gritos de alegría que se pierden entre los acordes de las bandas de música. Nunca habían presenciado mis ojos un espectáculo más hermoso.

BORINQUEN (Aparte) ¿Estaré acaso soñando? ¿Será todo esto un engaño de mi fantasía?

ANDINO (Dirigiéndose a Borinquen) Hace poco te decía que tenía fé en el porvenir. (Se escuchan voces que vienen de la calle y se oyen gritos de ¡Viva Don Antonio! ¡Viva la Independencia! ¡Viva el Estado Libre! ¡Viva la bandera! Al oir la manifestación, Borinquen, Andino y Carmelo se acercan a una ventana o puerta que está a la derecha del escenario. Se escucha una banda de música que se aproxima.)

CARMELO Allá vienen. ¡Qué espléndida ovación!

BORINQUEN ¡Qué noble y leal es mi pueblo!

ANDINO ¿Ven Uds. a Don Antonio? Lo traen en hombros.

BORINQUEN Jamás podrán borrarse de mi mente los recuerdos de este día, el más dichoso de mi existencia.

ANDINO Ya llegan a la puerta. Ven, Borinquen. (Andino toma a Borinquen de la mano, que con Carmelo se dirige a la puerta del fon-

do. Se escuchan continuados aplausos acompañados de gritos que revelan la intensa alegría que experimenta el pueblo.)

Escena Cuarta

(Entra Don Antonio acompañado de los miembros de la Comisión y de un gran número de admiradores. Borinquen se arroja en sus brazos. Don Antonio saluda afablemente a Andino y a Carmelo. Las voces del pueblo agrupado alrededor del edificio continúan y escasamente se puede oir lo que dicen los actores.)

DON ANTONIO — Salud, caballeros.

BORINQUEN — No sabe Ud. Don Antonio, con cuánta ansiedad lo aguardába.

CARMELO — Nunca es tarde si la suerte es buena.

ANDINO — Ya tenemos noticias de su triunfo.

BORINQUEN — Me abrasa el deseo de conocer sus experiencias.

CARMELO — Su regreso ha sido para todos nosotros una agradable sorpresa.

DON ANTONIO — Me proponía dar a Borinquen una sorpresa y creo que lo he conseguido.

ANDINO — Una gratísima sorpresa.

BORINQUEN — Comience, comience, Don Antonio. Cuéntemelo todo. No prescinda ni de un solo detalle.

ANDINO — Tiene la palabra Don Antonio.

CARMELO — Comience Don Antonio.

(Se sientan todos con excepción de Don Antonio)

DON ANTONIO — Después de una agradable travesía, arribamos a las costas del Continente en la madrugada del 18 de Febrero. Una espesa neblina nos envolvía y el frío era tan intenso, que apenas podían resistirlo nuestras naturalezas tropicales. Pocas horas después cortaba

nuestra embarcación, con su ligera quilla, las aguas de la bahía de la Metrópoli. La telegrafía inalámbrica había anunciado nuestra llegada y en el muelle nos aguardaba una legión de compatriotas. A nuestra llegada nos informó Collado del incendio del "Buenaventura", de cuya culpabilidad intentaron nuestros enemigos hacernos solidarios. (Pausa) El siguiente lunes salimos para el campo donde teníamos que desenvolver nuestras actividades. Una vez allí, solicitamos una entrevista con el General Wickes y nuestra petición fué concedida inmediatamente. ¡Qué gratos momentos pasamos en su compañía! (Pausa) Aprovechando aquella oportunidad entré juiciosamente en detalles preliminares y finalmente le dije sin titubear que el objeto principal de nuestra visita era protestar en contra de los desmanes de Don Moncho y solicitar su inmediato relevo.

ANDINO ¡Bravo, muy bravo!

BORINQUEN Don Antonio es un gran batallador y uno de mis más elocuentes tribunos.

CARMELO No tiene trabas en la lengua.

ANDINO ¿Y qué repuso a todo eso el General?

DON ANTONIO A eso voy. Pues bien. El General, después de dar serio estudio al relato de los hechos, nos dijo: "Yo ya tenía conocimiento de las deplorables disidencias de que acabáis de informarme", y agregó: "He cambiado impresiones con el Primer Jefe y éste está resuelto a usar de sus prerrogativas para que se presente en la Legislatura

una ley en virtud de la cual tengáis la independencia o se haga de vuestro país un Estado Libre" y añadió: "una vez puesta en vigor la sugerida legislación, automáticamente será eliminado el Gobernador que tan escasa admiración ha despertado en vuestros corazones".

BORINQUEN ¡Admirable! Don Antonio, ¡admirable! Estoy loca de contento.

ANDINO Con que la independencia o el Estado Libre. Yo no sabría por qué decidirme.

DON ANTONIO Como lo oyen Uds.—La independencia o el Estado Libre.

BORINQUEN Ni con la vida se podría retribuir a usted el valor de su obra redentora.

CARMELO (Levantando una mano y hablando en alta voz) Postulemos a Don Antonio desde este momento para Presidente de la República o Gobernador del Estado Libre. (Carmelo se acerca a la puerta de la derecha.)

DON ANTONIO No aspiro a otra recompensa (Guiñando el ojo) que a la satisfacción que nace del deber cumplido.

CARMELO (Regresando a la puerta de la derecha muy excitado y dirigiéndose a Don Antonio) Pide el pueblo a gritos que salga al balcón.

DON ANTONIO (Cogiendo a Borinquen de la mano) Ven, Borinquen.

ANDINO Todo es poco para el salvador de la patria.

BORINQUEN ¡Qué noble y generoso es mi pueblo! (Se oyen la música y gritos de ¡Viva Don Antonio! ¡Viva Borinquen!— Don Antonio, Borinquen y Andino saludan al pueblo desde el balcón y baja lentamente el telón.)

SEGUNDA PARTE

(Representa la escena la Calle de San Justo, San Juan, Puerto Rico.)

Escena Quinta

BRAVO — (Mirando el reloj) Hace precisamente dos horas que estoy esperando en esta esquina a Toro para darle las bofetadas que le tengo prometidas.

CARMELO — Me temo que ese sinvergüenza ha sospechado algo y la ha emprendido por otras veredas.

BRAVO — Es problable (Agitando las manos) pero no cantes victoria, Toro. Deja que yo te agarre y te vas a acordar eternamente de mi nombre. No sé si pegarle con el puño o con este bastón. En fin, llegado el momento creo que usaré ambas cosas.

CARMELO — A esa liebre no la pillas hoy.

BRAVO — (Pausa) Ahora me viene a la memoria que dejamos a Don Antonio dormido en la mecedora, y como me precisa consultar con él cuestiones de gran importancia, pospondré el asunto de Toro para otra ocasión y la emprenderé sin demora con rumbo a "La Democracia".

CARMELO — Dios quiera que no haya despertado y que ya esté en camino para Fajardo.

BRAVO — (Fijando la mirada al otro lado del escenario) ¡Qué hembrota! ¡Qué mujer tan encantadora! Me parece nativa por la gracia que va derramando, pero no importa, aunque sea japonesa me voy detrás de ella. Sígueme, Carmelo.

CARMELO — ¡Ay! qué Caramelo.
(Tirándole un beso con la mano a la muchacha) (Baja el telón lentamente).

TERCERA PARTE

(La misma escena que en el prólogo. Don Antonio está dormido en la mecedora.)

Escena Sexta

BRAVO — (Abriendo la puerta con mucho cuidado y entrando en el despacho.—Aparte y en voz baja) Aún está dormido. Ha debido estar muy cansado. Una siesta de más de dos horas en una mecedora incómoda como esa no es cosa envidiable.

CARMELO — No sé si despertarlo o dejar que siga durmiendo (Avanza hasta la mesa donde están los periódicos)

BRAVO — Realmente no sé que aconsejarte.

DON ANTONIO — (Se mueve en la mecedora) ¡La independencia o el Estado Libre! ¡Viva la libertad! ¡Abajo con Moncho Reyes!

CARMELO — (Mirando a Don Antonio) Está hablando dormido. ¿Qué estará soñando? Creo que debemos despertarlo.

DON ANTONIO — (En voz que apenas se entiende) ¡La independencia o el Estado Libre! ¡Sí, señor mi General!

BRAVO — (Acercándose a Don Antonio y tocándole la cabeza con la mano) Despierte Don Antonio. Ya son las cinco de la tarde.

DON ANTONIO — (Se endereza en la mecedora, se pasa la mano por los ojos y se pone de pié.—Muy excitado) ¡La independencia o el Estado Libre!

BRAVO ¿Qué le pasa, Don Antonio, se ha vuelto Ud. loco?

DON ANTONIO ¿Dónde están Borinquen y Andino?

CARMELO (Dándole un golpetazo en la cabeza) Despierte, Don Antonio, despierte.

DON ANTONIO (Volviendo en sí) ¡Qué barbaridad! ¡qué decepción más terrible! ¡Todo ha sido un sueño!

BRAVO Un hermoso sueño irrealizable.

DON ANTONIO (Dirigiéndose al público)
Viene a despertarme Bravo
Cuando miraba aunque en sueño
Que el pueblo portorriqueño
Dejaba de ser esclavo;
Que algo más condescendiente
El Parlamento accedía
A darle a la patria mía
Un gobierno independiente.
¿Puede haber mayor dureza?
Despertar de mi idealismo
Para volver a lo mismo
Y ver con honda tristeza
Que se profanan las leyes
Con inicua impunidad,
Que no hay otra voluntad
Sinó la de Moncho Reyes.

BRAVO Imposible es convivir
(Con expresión de desaliento)
Con quien nos quiere quitar
La libertad de pensar
Y el derecho de sentir

DON ANTONIO ¿Qué habrá ocurrido?
(Con curiosidad al oir pasos y voces de personas que se acercan)

BRAVO Tal vez
Ha decretado su alteza
Que le corten la cabeza
A otro fiscal o a otro juez...

DON ANTONIO — De un hombre de su calibre
Y principios tan pequeños
No me extraña.

Escena Séptima

BORINQUEN — (Entrando radiante de alegría por la puerta del fondo) ¡Borinqueños!
Ya está Puerto Rico libre
De Don Moncho.

DON ANTONIO — (Lleno de agitación) ¿Cómo así?

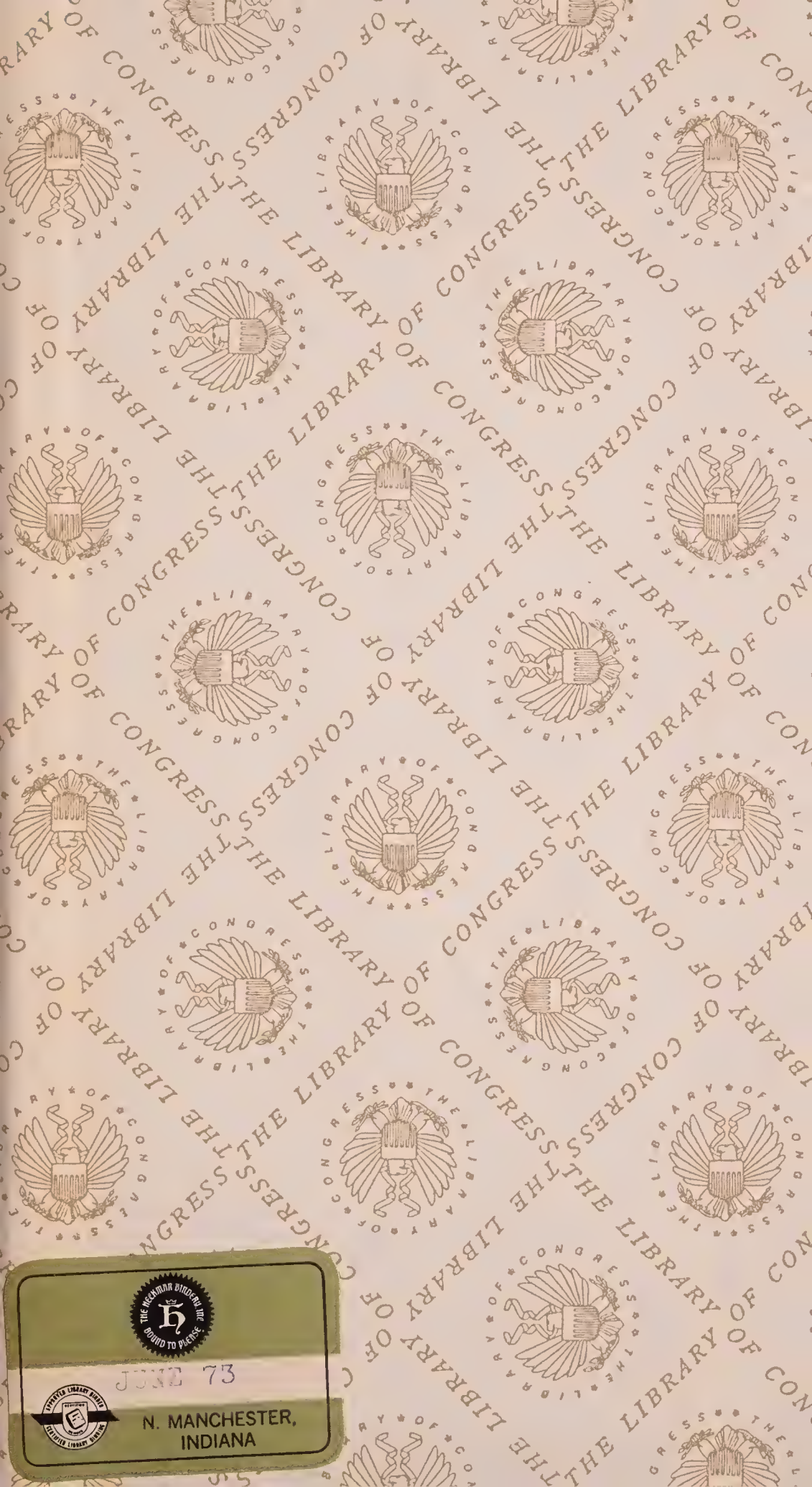
BORINQUEN — (En alta voz y con expresión de júbilo)
Le han ordenado del Norte
Que tome su pasaporte
Y que se largue de aquí.

BRAVO — ¡Qué dicha!

DON ANTONIO — ¡Grata noticia!

BORINQUEN — De nuestra causa la prensa
Hizo valiente defensa
Y ha triunfado la justicia.
Nuestra lucha persistente
Le debe probar al tío
Sam, que en este pueblo mío
Tiene vergüenza la gente.
Que mañana a sangre y fuego,
Las armas podrán quitarle
Pero jamás arrancarle
Del alma a José de Diego;
Que no entregamos bandera
Ni humildemente cedemos
Los hombres que descendemos
De la viril raza Ibera...
Quiera el cielo que el astuto
Político se convenza
Y nos mande un substituto
Que, si como Moncho, es bruto,
Tenga lo menos vergüenza.

(Fin del tercer acto)



THE HECKMAN BINDERY INC.
BOUND TO PLEASE
JUNE 73
N. MANCHESTER,
INDIANA

LIBRARY OF CONGRESS
0 040 055 447 A